



ALAR BENET

EL GENIO DEL MAL





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- «La rebelión de los muertos», núm. 14 (2.^a edición).
- «El delator», núm. 21.
- «El coloso de hierro», núm. 29.
- «Muerte en el Caribe», núm. 34.
- «La promoción de la muerte», núm. 42. «Fidelidad», núm. 45.
- «Tras el telón de acero», núm. 51.

«Visto un león están vistos todos, y vista una oveja,
todas; pero visto un hombre no está visto sino uno y
aún éste no bien conocido».

Gracián.

A Nicolás García, español de inquieto espíritu
aventurero, afectuosamente,
Alar Benet

PRÓLOGO

El espectáculo era aterrador. Por todas partes alzábanse grandes columnas de humo de los edificios siniestrados, y aquí y allá retumbaban múltiples explosiones, con las que un puñado de hombres heroicos reducían los incendios que, a las cuarenta y ocho horas de la gran catástrofe que asoló San Francisco, amenazaban aún la seguridad de los escasos edificios no devastados por el fuego.

En la mañana trágica del 20 de abril de 1906 reanudábanse las escenas de dolor, y miles de seres, con los ojos desorbitados por el espanto y una ansiedad sin límites en el alma, recorrían la ciudad llamando a sus familiares. El confusionismo aumentaba por segundos.

De los campamentos instalados en las afueras de la ciudad llegaban oleadas de gentes, con las ropas en jirones, que gritaban nombres. La Policía luchaba, a veces en vano, por impedir el paso a las zonas donde eran posibles los derrumbamientos.

Hombres silenciosos, con la desesperación reflejada en el semblante, caminaban como sonámbulos en busca de los hijos, de la madre o de la esposa. Raramente se producían escenas de gozo. Lo más común era el fracaso o el hallazgo del cuerpo mutilado...

Patrullas de soldados imponían con rigor el respeto a las propiedades ajenas, actuando sin contemplaciones contra los malhechores que, aprovechándose de las circunstancias, saltaban por los escombros para apoderarse de joyas o efectos de valor. El castigo era ejemplar, y lo evidenciaban los numerosos individuos que, atados a una estaca, a los restos de un árbol o a un trozo de pared, yacían con el pecho atravesado por las balas, y un cartel infamante sobre sus cabezas: «Por ladrón».

Una joven bellísima, con el cabello suelto y el traje largo, desgarrado por los bajos, sollozaba abrazada a un hombre muerto, gimiendo en alta voz:

—¡Jim!... ¡Jim!... Tú no pudiste hacer eso.

Durante un buen rato permaneció en tal postura, presa de violenta crisis de nervios. Después, serenándose, arrancó con violencia el letrero, desgarrándolo.

—Siempre tuve fe en ti, Jim. ¡Que Dios se apiade de tu alma!

Un grupo de jovenzuelos, que había presenciado el gesto de la muchacha, la apedrearon.

—¡Serás como él! —exclamó uno—. Mi padre murió luchando por salvar a los demás. Ése y los de su ralea sólo merecen desprecio.

La joven, que había sido alcanzada por un proyectil y sangraba por una mejilla, se defendió con energía:

—¡Es inocente! ¡Vamos a casarnos.

El que capitaneaba a los arrapiezos, empujándola con desprecio, la hizo caer sobre el fusilado, amenazándola:

—¡Volveremos con otro cartel! Lo mejor será que te marches.

La mujer vio que los agresores desaparecían detrás de una montaña de cascotes y, apoderándose de un cristal, cortó las ligaduras que sujetaban al cadáver, el cual quedó en trágica postura. ¿Cómo llevárselo, para impedir que lo profanasen? Estaba exhausta y era inútil pedir ayuda. Todos sentían una viva repulsión por los ejecutados, y los balazos denotaban claramente los motivos de tan triste final.

Se sentó junto a su prometido, decidida a no moverse hasta que llegase su última hora.

Miró, con hipnótica fijeza, el rostro del ser amado y no pudo contener su dolor. Lloró de nuevo, sin consuelo.

Tardó varios minutos en reparar que una mano se había posado sobre su hombro. Alzó los ojos y un grito de gozo se escapó de su pecho:

—¡Charles!

Él, alzándola cariñosamente, respondió:

—Llevo buscándote desde ayer, Margaret. Temí que hubieses muerto. Mi madre y yo vivimos de milagro. ¿Y Jim?

La muchacha señaló al caído. Charles Bypas no pudo contener un gesto de asombro.

—¡No es posible! ¡Él no pudo ser un ladrón!

Se irguió con un gesto de severidad en el semblante. Margaret se abrazó a él, apoyando su cabeza sobre el varonil pecho.

—Cálmate. No tiene remedio. Jamás sabremos el nombre del asesino. Nos le llevaremos. Le quería tanto como a un hermano.

Charles, sin esfuerzo aparente, cargó con el cuerpo insensible y emprendió el camino. Margaret Brand iba a su lado, sabiéndose protegida.

Atravesaron varias calles y, saltando escombros, dirigieron a las pequeñas colinas del suroeste de la población. Allí se alzaban numerosas tiendas de campaña. Un franciscano salió a su encuentro.

—¿Algún herido?

—No, padre. Me agradecería saber dónde le entierran, para que sus restos reposen con los de mi familia.

—Déjelo ahí. Compre una caja y sígame.

Charles obedeció, adquiriendo, no sin dificultad, un ataúd de medio dólar. Las demandas eran superiores a la producción de los dos carpinteros, que consiguieron salvar algunas herramientas de su taller.

Anduvieron unos metros. El fraile, volviéndose a Margaret, la aconsejó:

—Mejor será que no vengas, hija. Es demasiado horrible lo que nos espera.

—No importa. Seré valiente. He de acompañarle a su última morada.

—A tu gusto. Espero que sea ejemplar el castigo que ha sufrido San Francisco, la ciudad más corrompida del Universo.

Pronto entraron en una pequeña hondonada, donde brigadas de hombres abrían profundas fosas. Cientos de cadáveres se hallaban alineados, dejando en medio un ancho paso, por el que deambulaban los que pretendían reconocer en ellos a algún familiar. Margaret no pudo reprimir un grito de horror y se detuvo. Charles, con el ataúd al hombro, continuó el camino. La idea de quedarse sola en aquel inmenso cementerio la hizo seguirle.

—Deténgase aquí.

Siguiendo las indicaciones del fraile, se pararon delante de una sepultura.

—Deje el féretro y vuelva por el muerto. ¿Quién puede facilitarnos su filiación?

—Yo —terció Margaret—. Conviene no perder tiempo.

—¿Se llamaba?

—Jim Carnes. Faltaba una semana para nuestra boda. Era el más honrado de los hombres.

—No lo dudo, hija. ¿Tiene familiares?

—Sí; un hermano que reside en Nueva York. Le escribiré.

—Ya basta.

Dio órdenes a un individuo que escribía con pintura negra en las cruces de madera. El sol comenzaba a disipar el cinturón de niebla que rodeaba la ciudad, ofreciendo un espectáculo de indescriptible devastación.

Charles Bypas llegó portando el cadáver de su amigo, al que depositó en el ataúd.

—Voy a cerrarlo, Margaret. Sería mejor que no le besaras. El frío de su piel te perseguirá el resto de tu vida.

La joven pareció no oírle. Sus labios se posaron sobre los del ser amado, en postrera caricia. Luego miró al sacerdote, con las mejillas húmedas de lágrimas.

—Ten valor, hija. El reino de la eternidad comienza con la muerte. Lleva una vida digna, para que puedas unirte a él en el Cielo...

Ayudándose de unas cuerdas depositaron el féretro en la sepultura. Después con dos palas, procedieron a rellenarla de tierra.

Cuando terminaban la tarea se acercó al franciscano un hombre, vestido con una bata salpicada de sangre.

—Padre: si queremos evitar la peste hay que incinerar los cuerpos no identificados. No podemos exponernos y no hay tiempo ni hombres para abrir fosas.

—Tiene razón, doctor. Hemos de velar por la seguridad colectiva. Le ruego sepulten las cenizas.

—He mandado abrir una gran hoya para efectuar la cremación. He dispuesto que nadie se acerque.

—Dentro de unos minutos soy con usted.

El franciscano musitó unas oraciones y estrechó la diestra a Charles Bypas.

—Aléjense pronto —les dijo—. Hemos de desalojar este lugar.

Los dos jóvenes le obedecieron y minutos más tarde entraban en una tienda de campaña. Una mujer de unos cuarenta y cinco años se hallaba inclinada sobre un herido, aplicándole un vendaje en el

hombro. Se volvió al sentirles y en sus ojos brilló la alegría:

—¡Al fin la encontraste! Le pedí a Dios que así sucediera. Necesito ayudantes, Margaret. Hay mucho trabajo. Por fortuna, Charles tuvo la serenidad de coger todos nuestros ahorros. Con ellos reharemos la vida. Ve por más vendas, hijo. Las preciso.

Obedeció el joven en silencio, regresando a poco.

—Me han recomendado que economicéis hasta el máximo —advirtió—. Se está agotando el material sanitario.

Un imponente griterío se alzó en el exterior.

—¿Qué sucede? —inquirió la madre de Charles.

—Queman cadáveres. El cordón de Policía lucha por impedir que se aproximen los que aún no han identificado a los suyos. Voy a auxiliarles.

Carolina y Margaret prosiguieron su humanitaria labor. En la tienda de campaña reinó el silencio.

—Estoy orgullosa de él. Mi esposo le inculcó un severo concepto del deber. ¿Duele?

—No se preocupe por mí —respondió el aludido, un hombre tosco, de aspecto de buscador de oro—. Otros esperan turno. Lamento no poder ser útil.

—¡Lástima que los hombres sólo se acuerden de la bondad ante la inminencia de la muerte!

Fuera se oyó un alarido espantoso. Margaret interrogó con la mirada a la madre de Charles, que la tranquilizó:

—No te preocupes, querida. Son varios los locos que recorren el campamento. No hacen daño a nadie.

La lucha contra la muerte continuaba sin interrupción. La maldita ciudad de San Francisco de California acababa de recibir un ejemplar castigo...

CAPÍTULO I

CUARENTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS



IM Bypas, enfundado en su traje negro de Impecable corte, estrechaba mecánicamente las manos que se le tendían sin oír las frases de condolencia de sus numerosos amigos, obsesionado aún por la lectura de una carta póstuma del hombre al que acababan de enterrar en el cementerio Calvary, de la avenida Parker.

Terminada la ceremonia, entró en un moderno automóvil, en cuyo interior había un individuo de complexión robusta y rostro brutal.

—Apéate, Huhg. No te necesito.

El aludido obedeció, no sin advertir:

—Le seguiré en un «taxi», jefe.

Jim se encogió de hombros con indiferencia, ordenando al chofer:

—Llévame a casa.

Durante el largo recorrido hasta las inmediaciones de la dársena central de la bahía de San Francisco, donde Bypas tenía instalado el más lujoso «*cabaret*» de la ciudad, el hombre se limitó a fumar cigarrillo tras cigarrillo, indiferente a lo que no fueran sus propios pensamientos. Al fin, el vehículo se detuvo.

—Hemos llegado, señor.

Se apeó y, atravesando el ancho vestíbulo del edificio de seis pisos de su propiedad, entró en el ascensor, advirtiendo al «botones»:

—A mi despacho. No estoy para nadie.

Desembocó en un pasillo. Dos hombres se incorporaron respetuosamente al verle. Jim transpuso una puerta de roble hallándose en su confortable gabinete de trabajo. Cerró por dentro. Le interesaba meditar sin que nadie le molestase.

Del bolsillo derecho de la americana sacó un abultado sobre y, hundiéndose en un sillón, extrajo varios papeles. Necesitaba leerlos de nuevo. ¡Resulta tan inconcebible!

Evocó las últimas palabras de su padre en el lecho de muerte.

«Llevo muchos años intentando confesarte algo que pesa sobre mi alma, pero siempre me faltaba valor. Además, tú no eres el hijo que yo soñaba, noble, honrado, trabajador. He preferido escribir lo que todos ignoran. Mis palabras podrías olvidarlas. El documento que te entrego no, porque te suplico que no le rompas sino en trance de verdadero peligro».

No pudo continuar hablando. Expiró con una sonrisa triste.

Jim Bypas se incorporó para alejar los recuerdos, tomando de un sorbo un vaso de «*whisky*». Luego, leyó:

«Hijo mío, no me juzgues mal. He sido el más desgraciado de los mortales. Cuando tenía veintidós años, aprovechándome de la confusión que produjo el terremoto de San Francisco, maté a un hombre al que quería como a un hermano. Los dos estábamos enamorados de tu madre y él iba a casarse con ella. Nos

encontramos en una de las calles siniestradas. Me preguntó si había visto a Margaret y le respondí que no.

»Saqué el revólver y disparé mi cargador en su pecho. ¡Nunca olvidaré la mirada de sorpresa y horror que me dirigió! Le até a una estaca colocando sobre su cabeza el cartel: “Por ladrón”. Nadie descubriría mi delito.

»No me alejé de las inmediaciones y pasadas muchas horas vi a Margaret Brand llorando junto a su cadáver. Me acerqué. Tu madre vivía entonces en la casa que amueblaron para la boda. Era huérfana. Tu abuela Carolina la rogó que viniese con nosotros y pasados muchos años obtuve el premio que deseaba. Sé que ella no pudo nunca olvidar a su prometido, más mis atenciones y mi comportamiento caballeroso la convencieron de la necesidad de rehacer su vida.

»El remordimiento no me dejaba un segundo de sosiego. Ni aun el amor era capaz de hacerme feliz. Me perseguía el recuerdo de Jim Carnes.

»Te tuvimos a ti, único hijo quise que te llamaras como el hombre al que di muerte. Conjugaría así víctima y asesino...

»¿Para qué voy a contarte lo que fue mi existencia? Vivimos pobremente. Ni Margaret ni yo necesitábamos más. El día que abandonaste el Banco para dedicarte a los negocios fue triste para mí. Después, al enterarme de que seguías un camino no muy recto, mi pesar aumentó. ¡Llevabas mi sangre y yo había sido un criminal!

»El inspector Harry Carner, es hijo de un hermano del que asesiné cobardemente. Reside en Nueva York y me ha escrito diciéndome que tiene solicitado venir a San Francisco, aún no sé por qué.

»Me temo que andes por malos pasos. Una sola acción deshonrosa en mi vida me ha hecho el ser más desgraciado de la tierra. No quisiera que te sucediese lo mismo. Vuelve al buen camino y si no le has abandonado persevera en él. Es el último consejo de tu

padre que creyó que el amor podía conseguirse con el crimen. No rompas estas líneas. Léelas siempre que vayas a hacer algo ilícito. La felicidad sólo se obtiene con la conciencia tranquila...»

Jim Bypas se detuvo en la lectura. Seguían consejos y súplicas...

Negándose a pensar, se incorporó guardando la carta en una caja secreta empotrada en la pared, tras el cuadro de una mujer vestida a la usanza de primeros de siglo. Era la abuela Carolina.

Nervioso paseó por el despacho. ¡La historia se repetía!

Salió de la estancia dirigiéndose a las habitaciones de su anciana madre. La halló en el lecho. Una mujer joven la prodigaba sus cuidados.

—¿Qué te ocurre?

—El corazón —intervino la muchacha—. Se repondrá pronto. Ha sido un golpe terrible.

—Gracias, Elisa.

—No hago sino corresponder a vuestras atenciones.

Jim Bypas se sentó a la cabecera de la cama prodigando caricias a la enferma.

—Has de tener resignación. Sé que la vida te ha tratado mal, pero deseo que tus últimos años transcurran felices y tranquilos a mi lado.

Margaret Brand sonrió. Sus ojos, cansados, envolvieron al hijo en una mirada de ternura...

El «*cabaret*» rebotaba de público. Lo más selecto de San Francisco habíase dado cita allí. Financieros, políticos, altos magnates de la industria... Nadie faltaba en la reapertura del local, transcurridos los siete días que Jim Bypas estimó oportuno cerrar el establecimiento en señal de duelo.

Le costó muchos dólares, pero en la ciudad sé comentó su actitud. Todos respetaban a un hombre que por encima de sus intereses colocaba los afectos de su corazón. La popularidad del dueño del «*cabaret*» creció más, si es que ello era posible.

Sobre un escenario artísticamente decorado, un ramillete de «*glamours girls*» evolucionaba a los acordes de una música pegadiza mientras el aire se poblaba de risas, rotas por los taponazos del

«champagne».

En un lateral una gran puerta custodiada por dos hombres conducía a las salas de juego. Los representantes de la ley aparentaban ignorar la oculta actividad de «cabaret» nocturno.

San Francisco vivía la época de su mayor corrupción y hasta el aire se envenenaba con el aliento de sus habitantes.

Jim Bypas paseaba por el amplio salón saludando a los habituales parroquianos. Una mujer, elegantemente vestida, le abordó.

—Hola, Joyce. ¿Qué quieres?

—Verte. ¿Te parece poco? Llevas tres días sin ir por casa.

—No puedo desatender mis negocios por problemas sentimentales. La muerte de mi padre atrasó mi trabajo. Has hecho mal en venir —replicó fríamente el propietario del «night-club».

—Debieras agradecérmelo. Algún gasto haré.

—Pagas con mis dólares. ¿Vamos a tener escena?

La sonrisa irónica de Jim desconcertó a la muchacha.

—No —contestó—. Deseaba saber si me seguías queriendo.

Bypas, sin responder directamente a la pregunta, encendió calmoso un cigarrillo.

—Sentémonos —dijo—. Es hermoso despertar un amor así, a la antigua. Observa a los que nos rodean. Rinden culto a la pasión en sus distintas manifestaciones. Hubo un momento en que creí que sólo te ligaba a mí el deseo de vivir bien, mi creciente fortuna.

—Te equivocas. No necesito más que sentarme en cualquier mesa para que no me falte nada de lo que tú me das. Escúchame, Jim —la voz de la mujer se hizo suplicante—. No seas cruel. Daría mi vida por salvar la tuya.

El hombre se humanizó ante tales palabras. Puso una de sus manos sobre las de ella.

—Ya lo sé, Joyce. Siento no ser, como tú, un sentimental. A los hombres no nos son permitidos determinados lujos. La vida es de una dureza sin límites.

Los dedos de Bypas se enredaban nerviosos jugando con un diminuto llavero. Joyce, pidió:

—Me agradaría quedarme un rato.

—Hazlo. Así te darás cuenta de la responsabilidad de mi cometido. Perdóname. El que entra es el nuevo inspector de Policía.

Con su porte de aire de mundo, Jim se aproximó al recién llegado, saludándole afectuosamente.

—Hola, Harry. Bienvenido a tu casa.

—Gracias. ¿Qué tal van esos ánimos?

—Bien. Hay que sobreponerse a la muerte. Te agradecí mucho la carta que me enviaste. ¿Por qué no nos has visitado? Mamá tiene muchos deseos de charlar contigo. Te he reconocido por la fotografía.

—No quise aumentar su dolor. Mi apellido le traerá tristes recuerdos. Además, todos dicen que me parezco a mi tío.

Hubo un breve silencio roto por Bypas.

—Comprendo. ¿Quieres tomar algo?

—No. Vengo en misión de servicio. Me han encomendado tu distrito.

—Aquí poco tendrás que hacer. Mis parroquianos son gente honorable, ansiosa de divertirse. Me honra la mejor sociedad de San Francisco. Toma lo que te apetezca. Paga la casa. ¿Solicitaste el traslado de Nueva York para ocuparte de algún caso?

—No. Me aburría. Los del

F. B. I.,

dejan pocos asuntos a los de la Metropolitana. Ambicionaba conocer la ciudad y saludarte. Mi padre habla del tuyo en términos muy elogiosos. No quisiera entretenerte. Cualquier mañana pasaré a visitaros.

—Serás bien recibido. Con tu permiso.

Jim Bypas regresó junto a la muchacha que estaba muy pálida. La preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras mal?

—No. ¿Quién es ese hombre?

—Harry Carnes, un antiguo amigo. ¿Le conoces?

—Sí. Le vi hace dos años en Brooklyn. Es una vieja historia que carece de importancia. ¿Dónde vas?

—A desearle buenas noches a mi madre. Volveré pronto.

Joyce Ritter, una vez sola, bebió una copa de «*champagne*», abstrayéndose en sus pensamientos. Una voz burlona la volvió a la realidad.

—¿Te diviertes?

—¡Harry!

—Él mismo. Veo que tienes buena memoria. ¿Me permites que me siente? No... no deseo explicaciones. Únicamente verte. Me agrada el estudio de la psicología de los malvados. Juraste amarme toda la vida. ¿Quién me suplantó?

La muchacha, recuperando el dominio de sus nervios, repuso:

—¡Qué importa! No quise unirte a mi pasado bochornoso.

—Es bonito y romántico el pretexto. Casi vas a convencerme de que tienes corazón. ¿Te pareció poca mi paga? He ascendido a inspector. Te esperé confiando que volverías...

Harry Carnes miró a su izquierda. Por la amplia escalera que llevaba a los departamentos superiores bajaba una mujer alta, de fino talle y ojos negros. Su belleza se realizaba con un traje de noche blanco. Algunas conversaciones cesaron, y los hombres la contemplaron con admiración.

La muchacha cruzó por entre las mesas dirigiéndose a la entrada de la sala de juego. Al pasar ante dos hombres rudos, con aspecto de mineros enriquecidos, uno de ellos la puso el pie, en el que tropezó, y sujetándola para que no cayera.

—Pudo tener cuidado —reprochó la joven, que no se había apercebido de la maniobra.

—No me regañes, preciosa —fue la desenfadada respuesta—. Aposté cien dólares a que te abrazaba. Los he ganado. ¿Quieres darme otro?

—No —dijo una voz a su espalda—. ¡Váyase de aquí, si no quiere que le detenga!

—Y ¿quién es usted?

El inspector de servicio.

—No se meta. No ha habido ningún muerto...

—Si tarda dos minutos en obedecerme le encerraré una temporada por desacato a la autoridad.

El aludido miró a Harry, retador.

—Venimos de la montaña y nos gustan las chicas guapas. ¿Hay algún mal en ello?

—¡Largo!

—No quiero.

El puño derecho de Carnes se estrelló contra la mandíbula del individuo, que se desplomó inconsciente.

Jim Bypas fue informado por uno de sus hombres de lo ocurrido

y bajando al salón felicitó a Harry, no sin antes hablar con uno de sus guardaespaldas.

—Enhorabuena. ¿Necesitas ayuda?

—No. Ya vuelve en sí. Me le llevaré detenido.

El dueño del «*cabaret*» vio que tres individuos abandonaban el local detrás del inspector, y sonrió. Después se acercó a Elisa.

—El incidente te demostrará lo acertado de mi consejo. No debes abandonar tus habitaciones. Es peligroso.

—Quise distraerme. Por cierto que no he dado las gracias a ese policía.

—No hace falta —replicó él con hosquedad—. ¿Bailamos?

La joven accedió y la pareja se mezcló con otras muchas en la pista rodeada de mesas, Joyce Ritters se mordió los labios con Ira. Nunca se había referido Jim a la existencia de aquella mujer.

Irritada abandonó el establecimiento y apenas puso el pie en la calle llegó a sus oídos el tronar de varios disparos. Apretó el paso y se mezcló con un grupo de curiosos. Oyó la voz de Harry:

—Le tiraron a traición, matándole en el acto. Íbamos a subir a un coche.

Se alejó no queriendo enfrentarse de nuevo con el hombre al que un día juró eterno cariño.

En el «*Night-club*», Jim Bypas conversaba con Elisa adoptando una actitud cariñosa, confidencial.

—A pesar de lo ocurrido, celebro verte. Ello indica que el dolor se doblega a los imperativos de la existencia.

La orquesta interpretaba un vals vienés. La voz de la muchacha sonó impresa de una extraña melancolía:

—Te equivocas. Decidí bajar para huir de las evocaciones. Soy muy cobarde.

—No, Elisa. Hace casi un año que mataron a tu marido. Él era muy bueno. Sin embargo... Un amor lo borra otro más fuerte y un recuerdo una feliz realidad. Necesitas librar tu alma de un pasado. ¿Me comprendes?

—Sí, Jim. Creo que tienes razón. Por suerte tú madre me quiere como a una hija y el vivir en su compañía me hace mucho bien. Os habéis portado conmigo mejor de lo que merezco.

—No insistas, Elisa. Sabes que tienes en nosotros esa familia que la muerte rompió apenas iniciada.

—No sé. ¿Me permites una pregunta?

—Todas las que quieras. Vamos... ¿tan difícil es?

Jim Bypas sonreía, animándola a hablar. Ella lo hizo con una sonrisa de temor en sus ojos.

—¿Es honrado tu establecimiento?

—Él, sorprendido, vaciló unos segundos.

—Claro que sí. ¿Por qué lo dices?

—Me gustaría ayudarte, que me confirieses autoridad cerca de los camareros. Deseo no ser una carga.

—No lo serás nunca, Elisa. Déjame que reflexione.

—¿Por qué no subes a descansar?

—Sí. Mañana seguiremos charlando. Adiós.

—Hasta siempre.

Bypas siguió con la mirada a la joven y una vez que hubo desaparecido en el pasillo que conducía a las habitaciones privadas, llamó a un individuo.

—¿Qué ocurre, Huhg? Me di cuenta de que querías decirme algo.

—Sí, jefe. Los muchachos están utilizando el último recurso. Si falla habremos perdido el tiempo inútilmente.

—Ve abajo. Me reuniré con vosotros.

Huhg Tempest, el lugarteniente de Jim, desapareció por una pequeña puerta que se abría a la derecha del mostrador. Bypas, luego de asegurarse de que todo marchaba bien, le siguió, descendiendo a los sótanos del edificio. Atravesó dos habitaciones desamuebladas y entró en una tercera enfrentándose con un cuadro aterrador.

Un hombre, de unos cincuenta años, soportaba con admirable valor los latigazos que le propinaba un sujeto de aspecto brutal. Al ver a Jim, sus ojos se animaron con ramalazos de odio.

—No conseguirá lo que pretende. Sé que va a matarme porque vivo le denunciarla. Arranqué mi tesoro a la tierra y sabré defenderlo.

Bypas alzó una mano para indicar que dejaran de golpearle. Poniendo en sus palabras una entonación afectuosa, dijo:

—No hagamos folletines, Romney. Es mejor que lleguemos a un acuerdo. Ambiciono ser el hombre más poderoso de San Francisco y necesito el dinero de los demás. Sé que oculta usted en su casa

trescientos mil dólares porque le vieron retirarlos del Banco. Dígame dónde están y...

—Me asesinará de todas formas.

—No iba a ofrecerle la vida. Ésa... la tiene ya perdida. Sólo pensaba garantizarle la seguridad de su esposa y de su hija. Quizá haya creído que con su muerte lo arreglaba todo. No es así. Cuando usted ya no exista iremos por su hija usando los mismos o peores procedimientos que ahora.

—¡Canalla!...

—Sobran las palabras grandilocuentes. Tiene cinco minutos para responder. Si no accede, nos traeremos una muchachita deliciosa. Nadie sospechará de mí. Poseo una buena reputación.

—De cínico, de hipócrita.

—No, de ciudadano —respondió Jim, sarcástico—. Esta mañana he entregado mil dólares para la construcción de un colegio de huérfanos. Decídase.

Romney Swift inclinó la cabeza apesadumbrado. Aquel canalla acababa de esgrimir el único arma capaz de vencerle. Sintió de pronto que una cólera sorda le invadía y el recuerdo de sus seres queridos le conmovió. Jim, con el rostro inexpresivo, contemplaba la lucha titánica del prisionero.

Encendió un cigarrillo, aspirando el humo voluptuoso. Sus ojos fríos reflejaban una falta absoluta de piedad, una total carencia de nobleza.

—¿Me garantiza que no se meterá con ellas?

—Sí.

Romney habló con voz sorda:

—Debajo de mi mesilla de noche, en una caja de madera, hallará lo que busca. Le voy a hacer una pregunta, Jim.

—Hágala.

—¿Qué necesidad tenía de matarme? Si una noche usted y sus hombres hubiesen entrado en casa, reduciéndonos, no dudo que en un minucioso registro hubiesen encontrado ese dinero.

—Me repugna jugar a los ladrones. No merece la pena exponerse a ser reconocido. Es mejor ir sobre seguro. Celebro que haya entrado en razón.

—Espere un momento. Viví lo suficiente. A usted no le ocurrirá lo mismo. Deseo que la existencia le niegue una hora de felicidad,

que no le ame nadie...

Bypas, aunque no contrajo ni un músculo de la cara, destrozó entre sus dedos el cigarrillo. Mandó a Huhg Tempest:

—Haz lo de siempre.

Salió de la estancia adoptando su habitual sonrisa. Apenas llegó a la gran sala del «*cabaret*» observó que un camarero discutía con un individuo de unos treinta años y facciones regulares.

—¿Qué sucede?

—Se niega a pagar alegando que le han dejado sin un dólar en la sala de juego. No le conozco.

—Vaya a sus ocupaciones. —El sirviente obedeció. Jim hablaba en voz alta para ser oído por todos—. Lamento, señor, lo sucedido. ¿Necesita algunos dólares?

—No, gracias. Mañana dispondré de fondos. Estimo su amabilidad. Mi nombre es Gilbert Tilling.

Tendió cordialmente la mano a Bypas, que la estrechó.

—¿Se marcha ya?

—Sí.

—No será sin que antes tomemos una copa. ¿De muy lejos?

—De Belmont, en Nevada. Conseguí reunir un dinero que me estorba. No me agrada respirar mucho tiempo los aires de un mismo Estado.

En el mostrador les sirvieron unos combinados de ginebra que bebieron, conversando de cosas triviales. Al despedirse, Jim Bypas, mirándole con fijeza, afirmó:

—Desde luego puedo contar con que se equivocó al decir que perdió cuánto traía en la sala de juego. Aquí nos mantenemos dentro de la ley.

—¡Claro! Me acaloré con el camarero...

Gilbert Tilling sonreía cuando salió del local. Jim Bypas reparó que en las mesas comentaban su generosa actitud. Le interesaba aumentar su prestigio.

Deseoso de gozar aire puro, abandonó el establecimiento. La noche era hermosa, con un cielo tachonado de estrellas.

Paseó, disfrutando del maravilloso clima de San Francisco, llegando a la orilla del mar que lamia mansamente la tierra. Permaneció un buen rato con la mirada fija en un más allá inalcanzable. Sus ojos habían perdido su característico brillo y

reflejaban un profundo dolor. En su cerebro martilleaban unas palabras: «Que la vida le niegue una hora de felicidad, que no le amé nadie...»

En su desesperación sintió tentaciones de gustar de la caricia del Pacífico, pero el vértigo pasó. Romney Swift se equivocaba. Su madre le quería siempre.

Confortado con tal idea, evocó su niñez llena de privaciones. Su padre, ambicionando hacer de él un hombre honrado, le colocó de segundo escribiente en un Banco. No le fue difícil obtener la confianza de sus superiores. El apellido le avalaba.

Conoció, sin saborearla, la vida nocturna en los grandes centros de moda; las veladas en los «*dancing-hall*»; los bailes del «Club Marítimo»; las cenas fastuosas del hotel Fairmont; las mujeres ataviadas con espléndidos trajes de noche... ¡Y estaba condenado a ser un vulgar empleadillo, a frecuentar espectáculos de segunda o tercera categoría!...

El honor... ¡Bah!... Algo a tono con los viejos cerebros. Necesitaba dinero y lo consiguió apoderándose en un descuido del cajero, de cincuenta billetes de mil dólares que escondió en sus bolsillos. Nadie reparó en la sustracción, pues se hallaban en la caja fuerte y no fue preciso hacer ningún pago de importancia.

A la mañana siguiente, un inspector verificó el arqueo mensual, descubriendo el hecho. Se dio parte a la Policía y las pruebas se acumularon contra el inocente. Le encarcelaron.

Jim dejó transcurrir dos años. Por entonces, en una excursión al lago Michigan, conoció a Elisa Burke y a su prometido, el jovial Andrew Sperling. Intimaron, saliendo juntos con frecuencia en compañía de Joyce Ritter.

Bypas, que esperaba su momento, consiguió un crédito de mil dólares. Procuró que circulase la noticia y, en apariencia, se lanzó a especular con grano. Seis meses más tarde pudo justificar la posesión del dinero de que se apoderó en el Banco.

Estudió a fondo la ciudad. Los sindicatos de juego controlaban, además, el tráfico de estupefacientes y la «protección»[1]. Los magnates del crimen no se ocupaban de asaltos a mano armada. La Policía hallábase desorientada.

En «Chinatown»[2] y bajo falsa personalidad, reclutó a profesionales del crimen, seleccionando un grupo de confianza.

Prosperó y, siempre bajo el velo de los negocios, invirtió sus ganancias en la construcción de una casa, en la que instaló un «*night-club*», que pronto fue frecuentado por la mejor sociedad de San Francisco.

Su buen padre, harto de sermonearle, le dejó hacer. Su madre, ciega por el cariño, le defendía, alegando que los tiempos cambiaban.

Enamorado de Elisa Burke, no pudo evitar que se casase, y, en un raptó de ira, mató a su esposo, a los cinco días del matrimonio. Andrew Sperling apareció en el lago Mountain, en los grandes jardines que rodean el presidio.

Margaret Brand, su madre, que estimaba sinceramente a la muchacha, compadecida de su dolor, la invitó a que pasara con ellos una temporada. La joven aceptó, encontrando en Jim Bypas un compañero amable y comprensivo...

El hombre sacudió la cabeza con energía, no queriendo llegar más lejos en su soliloquio mental. Eran las cinco de la madrugada. Necesitaba dormir, alejar de sí unas palabras: «Que no le ame nadie...»

Entró en el «*night-club*», en el que los camareros amontonaban las sillas sobre las mesas para facilitar los trabajos de limpieza del siguiente día. Huhg Tempest le aguardaba, con la alarma en el semblante:

—Su madre...

No esperó a oír el final de la frase. De dos en dos subió las escaleras, penetrando en el cuarto de la bondadosa mujer, que tanto se sacrificó por él. La vio sentada en el lecho, respirando afanosamente, con los ojos llenos de lágrimas. Se abrazó a ella, inquiriendo con angustia:

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo no avisaste a Elisa?

Los labios de la anciana se crisparon con amargura:

—Es mejor que no sepa que mi hijo es un asesino... un cobarde.

—¿Qué dices?

Huhg intervino:

—Nos sorprendió matando a Romney Swift. Ordenó que le dejáramos en libertad. No la obedecimos. Se desplomó sin sentido. La subí a su habitación, no atreviéndome a llamar a nadie. La culpa no fue mía, jefe.

Jim se incorporó con violencia, dispuesto a castigar lo que calificaba de irreparable error. Su madre le contuvo:

—Dice la verdad. Me desperté sobresaltada, con el extraño presentimiento de que te amenazaba un gran peligro. Salté del lecho. No estabas en tu cuarto. Vi la puerta del sótano abierta y pensé que quizá te hallarías allí examinando alguna partida de licores. Calzaba zapatillas y no me sintieron llegar. El cuadro era espantoso. Romney Swift, tan amigo de tu padre, yacía en el suelo y ese miserable le iba a apuñalar. Grité, y por boca de la víctima supe la increíble verdad. Quise interponerme, para evitar el asesinato, y perdí el conocimiento. ¿Por qué has hecho eso?

Agotada por el esfuerzo, ladeó la cabeza en la almohada. Bypas mandó a Tempest:

—Ve por el médico. Es un ataque al corazón.

—Me temo que no haga falta. Mire.

Jim clavó la mirada en los ojos de la anciana, que intentó hablar, sin conseguirlo. En su garganta se estrangulaban los sonidos y murió, con una muda súplica en sus pupilas. El hijo se puso en pie, muy pálido. Huhg pretendió consolarle:

—No tiene remedio, jefe.

Pero Bypas no le oyó. Hierático permaneció no supo cuánto tiempo, con la mirada fija en su madre. Alguien dijo a su espalda:

—Tranquilízate, Jim. Tenía una grave lesión cardíaca.

Era el doctor Stebins, acompañado de Elisa Burke. La muchacha puso su mano derecha sobre el hombro del joven, diciéndole:

—¿Por qué no me avisaste? Me he enterado hace unos minutos.

—Fue de pronto —respondió Bypas, con voz insegura—. Al ir a acostarme escuché un gemido en la alcoba. La encontré muerta. No supe lo que hacía.

—Comprendo —medió el facultativo—. Margaret valía más que todos nosotros. Era de esas mujeres admirables que llevaban en su sangre la hidalguía y el valor de los españoles. Te haré el certificado.

—Gracias.

Estrechó mecánicamente la mano del médico. Luego, sentándose a los pies del lecho, olvidado por completo de Elisa, repitió unas palabras, que habían resultado proféticas:

—«Que la vida le niegue una hora de felicidad... Que no le ame

nadie...»



CAPÍTULO II

LA RESURRECCIÓN DEL «GANGSTERISMO»



ÍAS después de enterrada la madre de Jim Bypas y de haber recibido éste el pésame de las más altas esferas de la ciudad, el «*night-club*» abrió de nuevo sus puertas, coincidiendo con el descubrimiento por unos pescadores del cadáver de Romney Swift, cuya desaparición preocupaba hondamente a las autoridades. El cuerpo, pese a haber permanecido muchas horas en el agua, estaba surcado de cicatrices y de otras heridas, que reflejaban, sin lugar a dudas, que a la muerte precedió la tortura.

La noticia, publicada a grandes titulares por el «*Chronicle*»[3], conmovió a San Francisco. El móvil del crimen había sido el robo.

Días antes, dos desconocidos irrumpieron en el domicilio de Romney y, tras de golpear brutalmente a la criada, se apoderaron de una importante suma de dinero, oculta en determinado lugar de la casa.

Con tal motivo se recordaban los últimos actos delictivos perpetrados por un cerebro criminal, al que no se lograba capturar. La indignación popular era grande. ¿Resucitaba el «gangsterismo»?

En el lujoso establecimiento, pese a que la música desgranaba sus notas invitando a la despreocupación y a la alegría, comentábase también el vandálico hecho.

Sólo, bebiendo coñac, Jim Bypas fumaba con el corazón ausente. No sintió llegar a Elisa Burke, que le reprochó:

—¿Por qué no procuras olvidar? Recuerda los consejos que me dabas.

—Tenías razón. La tristeza es superior a veces a nuestra voluntad. Pensaba distraerme al póker.

—Te acompaño. Quiero ver si te doy suerte.

Atravesaron la pista de baile, hasta llegar junto a la puerta que comunicaba con la sala de juego. Uno de los «gangsters» de guardia se apresuró a abrirla.

Una vez en el interior, Jim se dirigió a una de las mesas, diciendo al banquero:

—Déjame, Jasper. Quiero probar fortuna.

El aludido se levantó, cediendo a su jefe el puesto en la pequeña mesa de tapete verde. Bypas sonrió a los tres hombres, que le miraban:

—¿Les importa la sustitución?

—Muy al contrario. Es una satisfacción tenerle como rival.

Elisa Burke presenció unos minutos el curso de la partida, observando el rostro inexpresivo de los cuatro hombres. Los contrincantes de Jim eran individuos de gran fortuna, a quienes no les importaba perder unos miles de dólares.

Salió al «*cabaret*», encontrándose frente al inspector Harry Carnes. Le dijo, sonriéndole:

—Deseaba verle para expresarle mi gratitud. La otra noche no pude hacerlo, y en el entierro de Margaret no me pareció oportuno.

—Carece de importancia, señorita. Celebro haber podido serle útil. No le hubiesen faltado defensores. Veo muchos sujetos de

rostros patibularios.

—Se encargan de la vigilancia del local. ¿No se sienta?

—Sí, si usted me acompaña.

—Encantada.

Un camarero les llevó una botella de champaña y la charla de los dos jóvenes se hizo cordial.

Conversaron sobre la ciudad. El inspector admiraba las costumbres españolas. Así se lo hizo observar Elisa.

—Es natural. No olvide que el nueve de octubre de mil setecientos setenta y seis, los franciscanos Palóu y Cambón fundaron aquí una misión para indios, a la que llamaron San Francisco de Asís, civilizando a los indígenas. Desde entonces aumentó la población, hasta convertirse en lo que es hoy: una gran urbe corrompida, como tantas otras de América.

—No tiene buen concepto de California.

—Es un país de aventureros. ¿Es usted la viuda de Andrew Sperling?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Pedí informes y Jim me aclaró el resto. Me extrañaba que frecuentara semejante local. ¿Sigue viviendo aquí?

—Me ha parecido cruel abandonar a Bypas.

—Debe marcharse. Ahora ya no vive la madre y sufrirá su reputación. Por si le interesa, le sugiero la casa de Romney Swift. Han quedado en la más absoluta miseria. Piénselo. Si continúa al lado de ese hombre, la tomarán por lo que no es.

—Jim es bueno.

—No he dicho que sea malo. Supongo que le habrá contado la antigua amistad de nuestras familias. Me temo que sea distinto a su padre, y contribuya, por ansias de lucro, a la ruina y a la desesperación de muchos seres. Tengo un concepto rígido del deber. Creo que los pueblos necesitan de sus hijos, para que los engrandezcan con el esfuerzo y la honradez. Hay que dejar hecha una obra positiva, no destructiva. Perdóneme si la he molestado... La hablo con la mayor sinceridad.

—Se lo estimo muy sinceramente, aunque me duele. Discúlpeme que le dejé.

Elisa Burke se levantó sin esperar respuesta y mientras caminaba en dirección al salón clandestino de juego, reconoció que el consejo

de Harry Carnes era sincero. Jim dijo, al verla entrar:

—Menos mal que has vuelto pronto. Estos caballeros comienzan a darme la gran paliza. Cien.

—Doblo.

—¿Admite otra apuesta? —inquirió Bypas.

—Sea.

—Quinientos.

—Veo.

Bypas descubrió un póker de reyes por un trío de damas de su adversario.

—Supuse que iba de «farol». Es usted un hábil jugador.

—Yo, no. Es Elisa, la que me trae suerte.

Media hora más tarde, los cuatro hombres se levantaron. Jim ganaba dieciséis mil dólares.

—Les ofrezco la revancha cuando lo deseen.

Y con una cortés inclinación de cabeza se despidió. El rostro de la muchacha reflejaba inquietud.

—¿Qué te sucede? —interrogó él, cariñoso.

—Me duele la cabeza. Subiré a dormir.

—Como gustes. Me retiraré tarde.

Ya en la calle, a modo de paseo, anduvo breves minutos, llegando a un garaje contiguo al «cabaret». Empujó la puerta corredera. Dentro le aguardaban varios hombres. Tempest le saludó:

—Sin novedad, jefe. Esperamos sus órdenes.

—Conduce tú, Huhg. Hemos de darnos prisa.

A una milla de los arrabales de la ciudad, el potente «Studebaker» de la Compañía Minera de Nevada aminoró la velocidad, mientras en su interior dos hombres charlaban animadamente.

—Insisto, Holden, en que pudimos hacer el viaje sin tanto dinero. Hubiese bastado una transferencia.

El aludido, un individuo rechoncho, de unos cuarenta y cinco años, respondió:

—No lo crea, señor Bolt. Es más peligroso transportar medio millón de dólares desde el Banco a las explotaciones, atravesando toda la ciudad, que llevarlos directamente desde Carson. Tengo noticias de que San Francisco se convierte de nuevo en el centro del

«gangsterismo». Me preocupé de que se supiera que la suma era traída en ferrocarril por dos empleados que no lleven sino recortes de periódicos. Tengo fe en Harry Carnes, y su mensaje era inquietante.

—No tengo nada que objetar. Por fortuna, vamos a entrar en los arrabales. Allí se ven las primeras casas. Empieza a amanecer.

Tras los picachos de Sierra Nevada comenzaba a surgir el sol, cubriendo la tierra de rojizas tonalidades.

Los dos hombres guardaron silencio, recostándose en las dos esquinas formadas por las paredes laterales y trasera del vehículo. Tan próximos a la capital, no les atormentaba ninguna inquietud.

En el asiento delantero había un moderno rifle de repetición. Holden llevaba en una funda sobaquera un revólver de los de reglamento.

Todo fue tan rápido, que apenas si tuvieron tiempo de reponerse de la sorpresa. Un automóvil se les aproximó veloz y desde él partió una ráfaga de ametralladora, que alcanzó en la cabeza al chofer y al pagador Bolt, hiriendo a Holden.

El vehículo, falto de dirección, se estrelló contra una gigantesca «sequoia»[4] de más de cincuenta metros de altura.

El detective de la Compañía Minera de Nevada fue a esgrimir su pistola, pero la portezuela del «Studebaker» se abrió y dos individuos le conminaron:

—Salga. Si hace un movimiento le acribillamos.

El que hablaba llevaba en sus manos una pistola ametralladora. Un hombre, cubierto el rostro por un negro pañuelo, se acercó a Holden.

—Son poco ingeniosos los trucos del doble envío y producen siempre más víctimas.

Los ojos del amenazado mostraron asombro. ¡Acababa de reconocer por la voz al jefe de los malhechores! No supo contenerse:

—¡Usted, míster Bypas!

Apenas pronunciadas tales palabras, comprendió que acababa de dictar su sentencia de muerte, y como no carecía de valor, en un gesto suicida, intentó llegar a las armas. Jim no contaba con la rapidez y resistencia de su adversario, que, aunque alcanzado en pleno pecho por dos proyectiles, consiguió disparar una sola vez. La

bala se hundió en el hombro derecho de su rival, que retrocedió a impulsos del violento choque. Ciego de ira, vació el cargador sobre su enemigo, ordenando:

—¡Vámonos!

Montaron en un «Packard», último modelo, dejando tras de sí los cadáveres de unos hombres, muertos en el cumplimiento de su deber.

Bypas se taponó la herida con un pañuelo, colocando a sus pies los dos maletines, que contenían medio millón de dólares en billetes.

El automóvil, con las cortinillas echadas, cruzó las calles de San Francisco, que pronto comenzarían a poblarse de vehículos y peatones apresurados.

Jim Bypas y los suyos, una vez en el garaje, dirigieron a un gran armario del fondo, haciéndole girar. Era una puerta disimulada, que, a través de una leve rampa, conducía al sótano del «*cabaret*». Tal salida sólo era conocida por los hombres de la máxima confianza del «boss»[5].

Con el producto del robo, subió rápido a su despacho en busca del botiquín de urgencia. Al penetrar en la habitación se detuvo sorprendido. Un individuo manipulaba en la caja de caudales, pretendiendo abrirla. Al sentir la puerta a sus espaldas se volvió, empuñando una «Browning». Bypas, al reconocer al ladrón, sonrió con cinismo.

—Le echaba de menos, Tilling. ¿Viene a pagarme la deuda?

—Si —respondió el aludido, sin desconcertarse—. Cumpló siempre mi palabra. ¿Le han herido?

—No es nada. Tuve una pelea con un borracho y me disparó a traición. Si me saca la bala le diré la combinación, para que no se moleste demasiado. Me duele ver cómo se esfuerza. No quise que subiera conmigo ninguno de los... camareros, para no sobresaltar a la señorita que duerme en la habitación contigua. Ya que está usted aquí sea útil.

Gilbert, admirado de la serenidad y el valor del dueño del «*night-club*», accedió:

—Quítese la camisa. ¿Dónde hay agua?

—En la jarra de la mesa.

—Tiéndase en la alfombra.

Tilling derramó parte del líquido sobre el hombro herido, frotándole con algodones. Luego, de un pequeño estuche, sacó gasas, vendas y un frasco de alcohol, en el que introdujo unas pinzas. Jim le veía hacer en silencio.

—¿No me pregunta por qué no llamo al médico?

—No es preciso. Sé conocer a las personas. A usted no le interesa dar publicidad al asunto. No creo que sea difícil sacarle la bala. Tierna escena. El ladrón y la víctima frente a frente.

Hurgó en la herida. Se veía que no era la primera vez que se hallaba en trances semejantes. Así se lo manifestó Bypas.

—Desde luego que no. En Guadalcanal tuve que ser yo mi propio cirujano. Estuve cuarenta horas escondido en un embudo artillero, entre las dos líneas. No tuvo nada de agradable. ¿Dónde guarda el «*whisky*»?

—En ese armario. Empiezo a necesitar un buen trago.

—Podría aplicarle una inyección de anestesia. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—No. Termine pronto.

Jim, reconfortado con el licor, apretó los dientes, decidido a no quejarse. Fueron unos minutos dolorosos, que obtuvieron su premio.

—Ya la tengo. Es un proyectil de grueso calibre.

Derramó una buena cantidad de alcohol y agua oxigenada sobre la herida. Bypas cerró los ojos para no gritar. Al abrirlos vio a Gilbert que comenzaba a vendarle el miembro herido.

—Ya puede levantarse. Dudo que le sobrevengan complicaciones.

Llenó de nuevo dos vasos de «*whisky*», ofreciéndole uno al propietario del «*cabaret*», que bebió con avidez. Después se miraron.

—Le debo un señalado favor —dijo Jim—. La combinación es J. B., doscientos veintitrés. Tome la llave.

Del cajón de la mesa de despacho sacó el objeto indicado, tirandoselo a Tilling. Éste la cogió en el aire y, segundos más tarde, lanzaba una sonora carcajada. El arca estaba vacía.

—No soy tan necio como para guardar ahí mi dinero.

Pensó, con un estremecimiento, en la posibilidad de que Gilbert hubiera descubierto la caja secreta, oculta tras el cuadro, en la que

guardaba doscientos mil dólares, y, lo que valía más que el dinero, la confesión de su padre reconociendo ser el autor del asesinato de Jim Carnes, en los días del terremoto de San Francisco.

—¿De qué vive, Tilling? —inquirió—. ¿Cómo concibió la idea de robarme?

—En pago a su amabilidad. No quise que se manchara las manos con otro dinero que no fuese el suyo. En cuanto a mi profesión... puede adivinarla.

—Ya.

La breve y seca respuesta de Bypas encerraba una meditación. Sugirió:

—¿No ha pensado enrolarse en un buen «gang»? [6].

—Han pasado esos tiempos. Me hubiera gustado nacer hace veinticinco años, en la época de Al Capone y Dillinger. No me resigno a ser un funcionario de los sindicatos. Me entusiasma la aventura.

—Sólo cambian los métodos, Tilling. Si no tuviera inconveniente en firmarme un papel atestiguando que le sorprendí en plena faena y disparó sobre mí, hiriéndome en el hombro, charlaríamos de otra forma. Tengo un buen amigo que se dedica a negocios no muy lícitos. Paga cien semanales. De cada botín se hacen dos partes. Una para mi... amigo, y la otra, a repartir entre el resto de los hombres.

Gilbert meditó unos segundos.

—Magnífica proposición. Deme un cigarro. ¿Qué tiene usted que ver con esos asuntos?

—No es hora de preguntas. Ha de contestarme sí o no.

Hubo una larga pausa. Tilling encendió el habano, recreándose en la operación.

—¿Garantías?

—Todas... hasta un buen abogado.

—Y ¿para qué quiere ese papel?

—Para evitar traiciones. Cuando se demuestre su lealtad se lo devolveré. ¿Por qué sonrío?

—Pretende tener una buena coartada, que justifique ese balazo.

—Tal vez. Decídase. He de acostarme.

—Acepto.

Gilbert escribió durante unos minutos, firmando. Tendió el documento a Jim, que lo recorrió con la vista.

—De acuerdo. Venga esta noche y siéntese en una mesa sin impacientarse. Recibirá órdenes. Ahora váyase.

Salieron al pasillo. Tempest subía al despacho. Bypas le indicó:

—El amigo es de confianza. Ven a mi cuarto. Charlaremos mientras me desnudo. Salga de la misma forma que entró, Tilling.

Ya en la alcoba, el lugarteniente de Jim inquirió:

—¿Qué hacemos con ese dinero?

—Lo ocultaré. Pasada una semana haremos el reparto. Da orden de que no me moleste nadie. Tengo algo de fiebre. Ése con el que te has cruzado vale mucho y trabajará para nosotros. Vigílale los primeros días.

—Sí, jefe. ¿Qué tal la herida?

—Bien. Lo de hoy me servirá de lección. No hagas comentarios ni respondas a preguntas. Me he caído, dislocándome el hombro. Haz desaparecer la ropa ensangrentada y vete.

Tempest abandonó la habitación para cumplir las órdenes recibidas. Bypas, cerrándose por dentro, ocultó los maletines en un departamento secreto del suelo de madera, poniendo encima un butacón.

Se acostó, tardando en dormirse.

Al despertar tenía la garganta seca y bebió de un trago el vaso de agua de la mesilla. Miró a través de la ventana. Era de noche. Había descansado más de doce horas.

Se tiró del lecho, lavándose de medio cuerpo para arriba. Escocíale el hombro. Se vistió con dificultades, poniéndose a duras penas la americana del «*smoking*». Hubo de sentarse y apurar un doble de ginebra. Se miró al espejo. Su aspecto no era malo; quizá algo más pálido.

Con el brazo derecho caído a lo largo del cuerpo descendió al «*cabaret*», que comenzaba a animarse, pese a lo temprano de la hora. Los camareros portaban botellas de licores y pequeñas bandejas con «sándwiches». Se extrañó al no ver a Elisa Burke, e iba a preguntar por ella, cuando Huhg se le acercó, con un sobre en la mano.

—Buenas noches, jefe. Celebro verle. Me ha dado esto la señorita.

Bypas, en pie, leyó:

«Querido Jim; Te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mí, pero ahora que ya no vive tu madre me es imposible habitar bajo el mismo techo que un hombre soltero. He de velar por mi reputación. No te enojés. Sé que deseas lo mejor para mí. Tempest me ha dicho que te has caído en la cueva, haciéndote daño en un brazo, aunque la cosa, según él, no tiene importancia. Por la noche iré a verte. No quise que te despertaran. Sabes que gozas del afecto y de la gratitud de

»Elisa».

Estrujó la carta en su mano izquierda, sentándose. Incluyó la cabeza con abatimiento.

—¿Malas noticias, jefe?

—No. Manda que me traigan de comer y jerez seco. Luego vuelve. He de darte instrucciones.

Bypas hubo de reconocer que a la muchacha le asistía la razón. Sin embargo... ¡la necesitaba tanto! Le angustió la idea de levantarse y no sentirla andar por casa, ordenándolo todo. La muralla alzada por la moral y la sociedad interponíase entre los dos. La existencia comenzaba a pesarle.

Un camarero le sirvió unos emparedados y una botella de vino. Huhg se sentó frente a él y durante más de una hora cambiaron impresiones en voz baja.

—¿Ha armado mucho revuelo el asalto?

—Más del que se puede imaginar. Los periódicos... ¡Cuidado, ahí llega el inspector!

Harry Carnes, del brazo de Joyce Ritter, entraba en el «*cabaret*» con semblante risueño, como si no le preocuparan los sucesos que conmovían a San Francisco. Ajenos a cuánto les rodeaba, se acomodaron cerca de la orquesta.

—Calma, jefe. Creí que se había cansado de ella.

—¡Se me ha adelantado! Esa mala mujer pretende darme una lección y se arrepentirá.

Con ira creciente observó que los dos jóvenes bailaban.

Deseando estropear la fiesta a Joyce, una vez que hubo acabado la pieza, se levantó, dirigiéndose a la mesa que ocupaba el

inspector. Éste, al verle llegar, se incorporó con deferencia, tendiéndole la mano, mientras le miraba a los ojos.

—Celebro verte, Jim. ¿Qué tal te encuentras?

Con un sobrehumano esfuerzo de la voluntad levantó el brazo herido, para corresponder al saludo:

—Perfectamente.

Le pareció que Harry apretaba demasiado. El dolor le hizo palidecer.

—¿Te sucede algo?

—Sólo es un leve mareo. Me sentaré con vosotros, si no os molesta.

—Nada de eso, ¿verdad, Joyce?

—Sí —admitió la muchacha, con aplomo—. Bypas es un buen amigo mío. Ya te conté la historia de nuestras relaciones... rotas, por fortuna.

Desconcertado, Jim bebió una copa de champaña. Ironizó:

—Veo que las autoridades poseen un buen sentido del gusto.

—Y del tacto —respondió, sarcástico, Harry Carnes—. No me hubiera atrevido a acompañar a esta señorita de no saber que ella te había plantado. ¿No es así, querida?

—Exactamente. El señor Bypas es... demasiado popular. Creo que eso fue lo que me atrajo.

—Nos conocimos hace algunos años —explicó Harry—. Tengo prioridad sobre ti, Jim, aunque en el amor no importan tiempos ni edades, sino sentimientos. ¿Un cigarrillo?

Tendió la pitillera al lado derecho de Jim, que vaciló.

—Perdona. No recordaba que eras zurdo. Hasta ahora no me di cuenta.

—Te equivocas —replicó Bypas—. Me he dislocado un hombro.

—Lo siento. ¿Te has enterado de las últimas noticias? Ahora comprendo por qué mantienes una cuadrilla de pistoleros. Sin duda, para protegerte.

—No te enciendo.

—Ni es preciso. Me refería al asesinato de tres hombres. Uno era muy amigo mío. Intervenimos juntos en la captura de una cuadrilla de criminales, que se ocultaban bajo nombres honrados. Algo muy frecuente. ¿No te parece?

—Quizá —fue la seca respuesta de Jim, que sentía los ojos del

inspector clavados en los suyos—. Explícate mejor. Aún no leí los periódicos.

—Robaron quinientos mil dólares. Holden, una de las víctimas, estaba considerado como el mejor detective de los Estados Unidos. En su revólver faltaba una bala. Uno de los asaltantes se la llevó en su cuerpo.

—Tal vez fallara la puntería.

—Imposible. Era el mejor tirador de la comarca. Sólo uno le superaba.

—¿Quién?

—Yo. Holden, aun después de muerto, clavaba un proyectil en el blanco. Deja mujer y cinco hijos. Una verdadera desgracia.

—Sí que lo es. ¿Hay alguna pista?

Harry Carnes tornó a mirar fijamente a su interlocutor:

—Sí; espero no tardar mucho en retener al culpable. Con tu permiso. He de telefonar.

Joyce, con un absoluto dominio de los nervios, bebió en silencio pequeños sorbos de licor, como si ignorase la presencia de Jim, que habló:

—Te anticipaste a mis intenciones.

—Lo sabía. Conmigo no se juega. No soy de las que suplican dos veces una limosna de cariño. ¿Bailas?

—No puedo. Me duele el brazo.

—Lo siento. Habré de hacerlo con Harry.

Fue al encuentro del inspector, y segundos después, se confundían con las numerosas parejas que danzaban en la pista. Jim se incorporó al ver entrar a Gilbert Tilling, seguido de Elisa Burke. La joven llevaba un vaporoso traje de noche azul que realzaba aún más sus encantos.

—Temí que no vinieras. ¿Qué tal en tu nuevo alojamiento?

—Bien. Los Swift son muy cariñosos. Te aprecian. ¿Irás a verlos?

—Desde luego. Siéntate. Creo que tienes razón al obrar como lo hiciste, aunque te voy a echar de menos. He pensado en una solución favorable a los dos...

—No la hay.

Bypas movió la cabeza con ademán afirmativo.

—Sí; casémonos. Ni mi madre ni tu esposo desde el otro mundo se opondrán. Tenemos derecho a ser felices.

—¡Jim!

—No te asombres, Elisa. Te vi tan triste, tan necesitada de afecto, que abrí mi alma para verterla en la tuya. Me enamoraste poco a poco. Ha sido preciso tu gesto de hoy para que mi corazón me gritara una verdad; la de que no sé prescindir de ti.

—¡Calla! Me hacen daño tus palabras.

—Son sinceras —prosiguió él, apasionado—. Mi amor te haría feliz. Es necio apegarse a un recuerdo si se pueden obtener hermosas realidades.

Elisa, sorprendida por la imprevista declaración, no respondió. Se alegró al ver acercarse a Harry Carnes.

—Buenas noches —saludó el recién llegado, cordialmente.

—Hola. He de darle las gracias.

—Servirla es para mí un placer. ¿Baila?

—Sí. Con tu permiso, Jim.

Bypas, airado por la audacia del entremetido representante de la ley, buscó a Joyce con la mirada, no hallándola. Decidido a no perder la serenidad, observó a Tilling, que conversaba amistosamente con Huhg Tempest, y una idea le hizo sentirse seguro de sí mismo.

Cuando Elisa regresó del brazo de Harry, Jim sonreía con desacostumbrada amabilidad. El inspector, pretextando urgentes ocupaciones, se despidió. Una vez que hubo salido, Bypas preguntó a la muchacha.

—Parece muy amigo tuyo.

—Sí; él me recomendó a la familia de Romney. Es una gran persona.

—Tal creo yo también. ¿Puedes contestarme a lo que antes te propuse?

—Me duele hacerlo, Jim —replicó ella, luego de una breve pausa—. En ti he visto siempre al hermano, al camarada, nunca al esposo. Perdóname. Quizá con el tiempo varíe de forma de pensar. ¿No te enfadas?

—¡Qué niña eres! —repuso él, dominándose—. Me voy a acostar. Estoy algo molesto.

—¿Me necesitas? —se ofreció la muchacha.

—¡Para todo!... Discúlpame. No supe contenerme. Hasta mañana.

—Adiós.

Erguido, sintiendo que el hombro le pesaba como si fuera plomo, cruzó la sala de baile, con la noche en el alma y preso de una extraña congoja...

Elisa Burke le vio subir las escaleras y suspiró con pesar...



CAPÍTULO III

ASESINATO FRUSTRADO



PASARON varios días sin que ningún acontecimiento turbase la paz de los habitantes de San Francisco. El crimen organizado daba muy poco que hacer a las autoridades. Los «gangsters» eran honorables burócratas, que dictaban su ley sin necesidad de emplear violencias.

Jim Bypas, prudente, dejaba pasar el tiempo, en espera de que los ánimos se calmasen, para reanudar sus criminales actividades. Le agradaba ser siempre el primero en el peligro, y su hombro herido forzábale a la inactividad.

El propietario del «*night-club*» daba largos paseos por el campo. Carecía de enemigos. Su sistema de eliminación era, según él, inmejorable.

Aquella mañana, considerando la vida como una pesada carga, se encaminó a la avenida Parker, penetrando en el cementerio Calvary.

Anduvo entre tumbas, confortado por el silencio de la «ciudad de los muertos», hasta llegar a la sepultura en que enterraron a su anciana madre. Levantó la cabeza, sorprendido, al distinguir a un hombre con el sombrero en la mano. Le reconoció. Era el inspector Harry Carnes.

—¿Qué haces? ¿Vienes a visitar a los míos?

—No. Parece que olvidas que, por disposición de tu abuela Carolina, reposan aquí los restos de mi tío Jim Carnes, asesinado cobardemente en los días trágicos del terremoto. Mi padre me habla mucho de su hermano. Él está convencido de que fue víctima de una venganza personal.

Bypas no contestó. Cubiertos por la misma tierra se hallaban víctima y verdugo. Cambiando bruscamente el tema de la conversación, preguntó a su interlocutor:

—¿Qué buscas en mi establecimiento? Sé que no me profesas ninguna simpatía.

—Exageras. La Historia no basta para engendrar el cariño. Es necesario el trato. Puede ser ésa la razón.

—No te creo.

—Los dos hombres se miraron con marcada hostilidad. El inspector, midiendo mucho cada una de sus palabras, empezó:

—Es posible que también espere encontrar al asesino de Andrew Sperling, Romney Swift y los ocupantes de la diligencia de la Compañía Minera de Nevada. Hace tres noches estuve a punto de detenerte.

—¿Por qué?

—Para comprobar quirúrgicamente esa dislocación. Me consta que fue un balazo.

Los ojos de Harry Carnes se clavaron en los de Bypas, que sonrió con frialdad.

—Hubieras puesto en peligro tu carrera. Puedo justificar mi herida. Toma.

De su cartera sacó un doblado papel, que entregó al policía. Éste, luego de leerlo, se lo devolvió.

—Buena coartada. Celebraría que esa amistad, perpetuada a

través de los años, no la rompiéramos nosotros dos. Para mi representa mucho que tío Jim y tu padre descansen juntos el último sueño. ¿Me permites una advertencia?

—Hazla.

—Ignoro si mis sospechas son o no ciertas, pero jamás he fracasado.

Dio media vuelta para marcharse. Bypas le detuvo, diciéndole:

—No te entremetas demasiado en mi vida. Tengo poca paciencia.

—Lo mismo me sucede a mí. Celebro que coincidamos.

El inspector se alejó por los desiertos paseos, jalonados de cruces...

Una vez solo, Jim no pudo evitar un estremecimiento...

Elisa Burke se encariñó con la esposa y la hija de Romney Swift, hallando en ellas el consuelo y la ternura que tanto ansiaba su espíritu.

Deseando hacer unas compras, se dirigió a uno de los almacenes de la avenida Marquet, deteniéndose en uno de los escaparates, en los que había instalados dos modernos aparatos, llamados «Tell-it-to»[7], e introdujo una moneda en la ranura, que establecía contacto con una cinta magnetofónica. En voz alta pidió varias prendas de ropa interior, alejándose. Deseaba encargar una tarta de chocolate, por ser el cumpleaños de la viuda de Swift.

Gozosa por la sorpresa que iba a proporcionar a la buena señora, penetró en un «*drugstore*», mezcla de farmacia y confitería, no pudiendo contener una exclamación de sorpresa al ver a Harry Carnes en el mostrador. El joven, al reconocerla, se incorporó, respetuoso:

—¿Qué va a tomar, Elisa?

Zumo de naranja.

El «barman» se dispuso a preparar lo pedido, mientras la muchacha se sentaba en una banqueta giratoria.

—¿De compras? —preguntó Harry.

—Sí. He tardado menos de lo que suponía. ¿Y usted? Hace mucho que no le veo.

—Exceso de trabajo. Visité la tumba de Margaret Brand, encontrándome allí a Jim. Está mejor de su herida.

—¿Herida? Me dijo que se trataba de una dislocación.

—Perdone... Me equivoqué. De tanto andar entre maleantes, confundo los casos. Fuera tengo mi coche, un pequeño «Ford». La invito a dar un paseo por el Golden Gate Park. Disfrutamos de una temperatura deliciosa.

—Acepto. Salvo los días de niebla, Frisco[8] no se porta mal del todo. ¿Qué tal esas investigaciones?

—Siguen su curso —repuso Harry, dejando en el mostrador el importe de lo consumido—. ¿No encarga nada?

—Sí —contestó ella, ruborizándose.

Lo cierto era que, en su charla con el apuesto inspector se olvidaba de cuanto no fuesen los negros ojos del hombre, que parecían acariciarla.

Escribió unas líneas en un impreso, abonando la mitad del importe a una señorita.

—Terminé ya. ¿Vamos?

Montaron en el vehículo, encaminándose al lugar indicado. Durante el trayecto, los dos jóvenes charlaron de temas generales.

Una vez en el hermoso parque de San Francisco, ella hizo una pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—No me juzgue inoportuna. ¿Qué es Joyce en su vida?

El inspector, sorprendido, replicó:

—Hace tres años creí que lo era todo. Ahora...

—¿Qué?

—Es sólo un instrumento judicial. Me sirve para que el peso de la ley caiga sobre un culpable. No necesito decirle que con su autorización.

—¿A quién persigue? ¿Ha dejado de ser una incógnita?

—Sí; aunque carezco de pruebas. Esa muchacha no es mala. La vida la ha llevado por torcidos caminos. Me da lástima.

Se detuvieron frente al Océano Pacífico y, bordeándolo, continuaron caminando. En sus almas había nacido una inexplicable inquietud. Harry preguntó:

—¿Hace mucho que no ve a Jim?

—Dos días. No me agrada frecuentar el «*night-club*».

—Te alabo el gusto. Perdone. La tuteé sin querer.

—Hazlo. Deseo contarte entre mis amigos.

—Gracias, Elisa. Me encuentro muy solo en San Francisco.

Se hizo el silencio. El diálogo de los jóvenes era nervioso, interrumpido por frecuentes pausas.

—¿Querías mucho a tu esposo?

—Sí. Su muerte deshizo mi felicidad.

El hielo de la tristeza se abatió sobre Elisa. A lo lejos, un buque lanzaba por sus chimeneas grandes columnas de humo. Harry, reprochándose su falta de tacto al recordar a la muchacha su desgracia, cambió el tema de la conversación.

—Mira ese transatlántico. Parece un...

El aullido de una bala y una detonación de arma de fuego le interrumpieron. Rápido como el pensamiento, arrastró detrás de un árbol a Elisa Burke, esgrimiendo una «Germán Luger». Vigiló la espesura.

Pasaron los minutos sin que nada sucediese. La joven fue a moverse, pero Harry se lo impidió, sujetándola por la muñeca.

—Ten paciencia. Ha de descubrirse.

Asomó la cabeza con las máximas precauciones y un proyectil se clavó en el árbol, a dos centímetros de su mejilla.

Su automática tronó dos veces en dirección a la copa de un abeto, y un bulto cayó pesadamente al suelo.

—¡Es horrible! —murmuró Elisa.

Su automática tronó dos veces.

—Aún queda otro. Primero me tiraron con rifle, y, después, con revólver.

En ese momento, a los oídos del inspector llegó el ruido de un automóvil que se alejaba.

—Espera, Elisa. No conviene confiarse demasiado.

Aprovechando las sinuosidades del terreno, Harry se acercó al caído, comprobando que estaba muerto. Su mirada aguda recorrió los alrededores, convenciéndose de que no había peligro. Llamó:

—Sal. ¿Conoces a ese hombre?

—No —mintió ella, palideciendo—. Es la primera vez que le veo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es uno de los «matones» del «*night-club*» de Jim.

Le registró. La muchacha contemplaba el cadáver espantada por una idea. Era Jasper, uno de los individuos de confianza de Bypas.

Llegaron dos guardas, uniformados, del parque, a los que Harry mostró su identidad.

—Que nadie se acerque. Avisaré a la Jefatura.

Montó en el «Ford». Elisa lo hizo junto a él.

El automóvil abandonó el parque por la puerta que conduce a Frederick Street, tomando la avenida Stanyon.

—¿Comprendes por qué no reparo en medios para terminar con tal estado de cosas? Es necesario reprimir este intento de «gangsterismo» a la antigua. Me satisface el atentado. Comienzan a sentirse inquietos y desean suprimirme.

Cruzaron el Parque de Buena Vista y, por Thirteenth Street, penetraron en la avenida Marquet, donde se alzan magníficos edificios oficiales y comerciales.

—Te llevaré a tu casa. Nos han estropeado la mañana.

Ella asintió con el gesto, y en silencio llegaron al domicilio de Romney Swift. Harry se despidió:

—¡Adiós, Elisa! He de ordenar el levantamiento del cadáver. ¿Muy asustada?

—¡No! ¡Ten prudencia, por Dios!

La mirada del policía se iluminó con un ramalazo de gozo.

—No te preocupes. Sé cuidarme.

Pisó a fondo el acelerador, perdiéndose en el gran tráfico de la ciudad. Elisa fue a penetrar en el edificio, pero, dejándose llevar por el impulso, llamó a un «taxi», dándole la dirección del «*cabaret*» de Jim Bypas, al que encontró trabajando en su despacho. Al verla se incorporó, sonriente:

—¿Tú por aquí? Creí que estabas enojada conmigo. Siéntate.

—¿Te interrumpo?

—¡Qué cosas se te ocurren! Supongo que tendrás mucho que contarme.

El rostro de Jim, iluminado por una sonrisa cordial, reflejaba bondad. Sus rasgos duros se habían humanizado, dando a su cara una expresión casi infantil. Elisa sintió que sus sospechas se desvanecían y habló de su estancia entre los Swift y del cariño con que era tratada. Él la escuchaba como si su vida dependiera de cada una de las palabras de la joven.

—Me alegro de esas buenas noticias —dijo por único comentario.

—¿Y tu brazo?

—Estupendamente. Le muevo en todas direcciones. He meditado

sobre mi estúpida declaración amorosa. Has de perdonarme. Fue un rasgo de egoísmo.

—No pensemos más en eso, Jim. Por un momento llegué a imaginar que...

La muchacha prorrumpió en entrecortados sollozos. El hombre, sorprendido, se acercó, consolándola.

—No seas chiquilla... ¿Quieres decirme qué te ocurre?

Elisa refirió el atentado del Golden Gate y cómo había reconocido a Jasper en el frustrado asesino.

—¿Y qué? —insistió Jim—. Hasta ahora no me has dicho la razón de tus lágrimas.

Ella, inclinando la cabeza con pesar, respondió:

—Te creí capaz de llegar al asesinato por no perderme. Sospeché que ordenaste ese crimen.

Si la joven hubiera visto el ramalazo de ira que cruzó el rostro de Bypas no habría podido evitar un grito de espanto. Con los ojos fijos en el suelo, oyó las frases tranquilizadoras de aquél al que estimaba como a un hermano.

—Elisa...: no hagas que me enfade. Una idea mala la tiene cualquiera... Levanta la cara y sonríe... Así. Vas a cenar conmigo. ¿No te Importa?

—No. Eres muy bueno.

Bajaron al «*night-club*». Bypas, haciendo gala de su fértil ingenio, hizo reír a la muchacha con sus ocurrencias, creando un ambiente de grata intimidad. Cuando Elisa se marchó, dadas las diez de la noche, iba contenta. Ningún peligro amenazaba a Jim.

Éste, con gesto airado, llamó a Huhg Tempest, haciéndole subir a su despacho. Una vez dentro le increpó:

—Mando a un hatajo de cobardes. Dos hombres contra uno, a traición, y fracasáis. ¿A quién enviaste con Jasper?

—A Pellicer. Falló el tiro, porque Harry se movió para indicar no sé qué en el mar. Muerto su compañero, huyó, para no ser capturado. El inspector sabe luchar.

—Mejor que nosotros. Vete. Habré de entendérmelas con él personalmente...

A las seis de la madrugada, en el «*cabaret*» imperaba el más absoluto silencio. Las mesas semejaban fantasmas mudos de una

pasada orgía.

Un hombre cruzó la pista de baile, luego de convencerse de que nadie le observaba. En su mano derecha llevaba una «Germán Luger» y su rostro reflejaba decisión.

Despacio, descendió las escaleras del sótano, iluminadas por unas bombillas sujetas en el techo. Ya en Un largo pasillo, escuchó voces y, con el máximo sigilo, avanzó unos metros. Se dio cuenta tarde de su imprudencia al oír pasos que se aproximaban.

Retrocedió apresurado en busca de algún recodo donde esconderse. No lo halló, siendo descubierto. Alguien disparó contra él, y una bala cruzó muy cerca de su cabeza, aplastándose en el cemento. Contestó de la misma forma. Un grito de dolor le indicó que su proyectil no se había perdido.

Corrió hasta una rampa de cemento, que terminaba en un armario. ¡Estaba acorralado!

Hizo fuego por dos veces para amedrentar a sus seguidores. Dos proyectiles se clavaron en la madera. La muerte parecía inevitable.

Sólo le quedaba un proyectil en la automática. Por desgracia, olvidó traer cargadores de repuesto.

Esperó, apretando los dientes, dispuesto a no ser capturado vivo. Un «gangster» asomó la cabeza y se la destrozó con la última bala.



Hubo un largo silencio. Sus atacantes meditaban, sin duda, la forma de apresarle sin exponerse a su maravillosa puntería.

Apoyó la espalda en la pared, buscando desesperadamente un lugar de huida. Fue en vano.

Ya se consideraba perdido, cuando notó que el muro giraba.

—Pase. No podemos perder tiempo.

Atravesó una estrecha abertura, desembocando en un garaje en tinieblas. Una mano le asió del brazo, llevándole a la puerta de la calle, que, entornada, dejaba penetrar el débil resplandor de la luna.

—Suba a ese coche. Si nos capturan, no vacilarán en matarnos.

En unos segundos se habían acomodado en un negro automóvil, que arrancó, perdiéndose en la noche.

—¿Quién es usted? —preguntó Harry Carnes a su providencial salvador.

—Conténtese con saber que soy su amigo.

No hablaron más hasta llegar al Hospital Municipal. El sereno de noche les saludó respetuoso.

Entraron en un despacho. El desconocido comenzó:

—Mi historia es, en parte, semejante a la de usted. Me llamo...

El inspector Carnes escuchaba atentamente, sin poder reprimir su sorpresa...

CAPÍTULO IV

POR LA SENDA DEL DELITO



A gran avenida de San Francisco de California rebosaba de público y vehículos en aquella esplendorosa mañana. Los comercios ofrecían sus mejores productos en los amplios escaparates, ante los que se paraban las amas de casa, calculando mentalmente sus posibilidades de adquisición.

La pequeña sucursal del Banco de Crédito Popular despachaba a sus no muy numerosos clientes, en su mayoría hombres de negocios que ansiaban liquidar rápidamente sus operaciones financieras, sin el tumulto que imperaba en la Central, sita en la avenida Marquet.

En la puerta, dos policías uniformados montaban la guardia con expresión aburrida. ¡Era estúpido el empeño de sus superiores en destacar agentes de vigilancia en los establecimientos bancarios!

¿Quién iba a atreverse a asaltarlos en pleno día? Habían pasado ya los tiempos de la delincuencia a rostro descubierto. Ahora, los indeseables actuaban escudándose en la ley.

El cabo Neville Jackson no pudo terminar su soliloquio mental. Dos automóviles pararon a unos metros de ellos y del primero saltó un hombre esgrimiendo una ametralladora «Thompson», con la que lanzó una mortal ráfaga a los policías, que cayeron sin vida.

Hubo carreras y gritos de espanto entre los transeúntes. De los vehículos descendieron seis hombres. Cuatro de ellos penetraron en el Crédito Popular, mientras los otros dos guarecían la puerta.

En el interior del Banco, los atracadores, que llevaban cubierto el rostro con grandes pañuelos negros, conminaron a los empleados:

—¡No se muevan!

El ayudante de caja movió ligeramente el cuerpo para pisar la alarma. Un balazo le inmovilizó para siempre.

—Necesitamos los doscientos mil dólares que acaban de recibir. ¡Pronto!

Uno de los asaltantes llegó a la caja fuerte, junto a la cual había una maleta, que abrió. Estaba llena de billetes.

—Vámonos, jefe; cogí lo que buscábamos.

Apenas si habían invertido dos minutos en la operación. Los cuatro forajidos montaron en los automóviles, ya en marcha, disparando de nuevo al aire. Después, sintiendo el ulular de las sirenas de los coches de la Policía, partieron veloces hacia el puerto, separándose.

Un vehículo frenó ante el grupo de gente que comentaba lo sucedido.

—¿Por dónde partieron?

—Avenida arriba.

Reanudaron la marcha. Un motorista de tráfico acabó de desorientar a los representantes de la ley.

—Han ido por allí y por allí.

Señalaban dos direcciones distintas. Unos segundos de vacilación en los de la patrulla móvil bastaron a los «gangsters» para alejar de sí toda posibilidad de captura.

En el primero de los automóviles, sus ocupantes guardábanse en los bolsillos los pañuelos con los que cubrieron sus rostros. Jim Bypas ordenó al chofer:

—Para cerca de Punta Hunters. Nos reuniremos en el «*cabaret*». Conviene que dejéis pronto el coche.

Se apeó, llevando la maleta en la mano. En la Séptima Avenida detuvo un «taxi».

—A Saratoga.

El conductor frunció el ceño. No le agradaba penetrar, ni aun de día, en el barrio chino.

Una vez que hubo complacido a su cliente, el cual le dio una magnífica propina, enfiló por la avenida del Japón, alejándose de tan peligrosos lugares. Bypass, con la maleta que contenía lo robado, penetró en un establecimiento de aspecto poco tranquilizador. Un chino salió a recibirle.

—¿Qué desea, señor?

—Hablar con Yu Ling. Es un asunto de importancia.

—Yu Ling está fiente a usted.

—Vamos a una habitación reservada. Es de gran interés para los dos.

El oriental, encogiéndose de hombros, señaló una puerta del fondo, diciendo:

—Pase, señor...

Un hombre, elegantemente vestido, transpuso el amplio portal del edificio de la calle Knok y, desdeñando los servicios del ascensor, ascendió por la escalera de mármol, deteniéndose en el segundo piso ante una puerta, en la que se leía: «Nevis Breek. Arquitecto».

Entró sin llamar. Una señorita, que tecleaba en la máquina de escribir, se levantó:

—Usted dirá, caballero.

—¿Está el señor Breek?

—Ha salido a inspeccionar sus obras. No regresará hasta la tarde.

—¿Y sus ayudantes?

—Fueron con él.

—¿No hay nadie, entonces, con quien tratar una cuestión urgente?

Molesta por la insistencia del desconocido, la muchacha respondió:

—No. Estoy sola, y le ruego que termine pronto, porque tengo mucho trabajo.

—Era lo que deseaba saber. No grite. Podría darla un disgusto.

En la mano derecha del visitante apareció una pistola automática, con la que encañonó a la empleada, conminándola:

—¡Vuélvase!

La joven obedeció, con el terror reflejado en el rostro. El hombre, guardándose el arma, mojó un algodón en el líquido de un frasco y lo aplicó, por sorpresa, a la asustada mecanógrafa, que se debatió unos segundos entre sus robustos brazos, para, al fin, caer desvanecida. Un olor a cloroformo se expandió en el aire.

El individuo cerró la puerta por dentro y giró la mirada en torno suyo, indiferente a la moderna caja de caudales empotrada en uno de los muros. Su rostro se iluminó al ver una puerta, con un rótulo en gruesos caracteres: «Archivo».

Penetró en la habitación, cuyas paredes se hallaban repletas de estanterías y carpetas. Por fortuna, los planos de los edificios contruidos por Nevis Breek estaban catalogados por años.

Nervioso, el asaltante se apoderó de un grueso legajo, en cuya primera página se leía: «Edificio de Jim Bypas. Dársena central».

El hombre, en pie, los examinó a fondo, invirtiendo en su estudio más de una hora. Al fin lanzó una exclamación de júbilo y salió al gabinete de trabajo. Frente a la caja fuerte meditó unos segundos. Era preciso desorientar a la Policía. Sacó un objeto alargado, que introdujo en la cerradura, prendiéndole fuego por una punta. Era un explosivo de poca potencia.

Ya en el pasillo, escuchó la detonación. Con paso rápido alcanzó la escalera, sintiendo abrirse las puertas de las oficinas contiguas, cuyos empleados se preguntaban entre sí acerca de lo sucedido.

En la calle Knok subió a un «Packard» negro, no pudiendo evitar una sonrisa.

Diestramente condujo el automóvil a la plaza de la Unión, parando ante un hotelito de marcado sabor español.

—Buenos días, señor —saludó, respetuoso, el mayordomo.

—Hola, Damián. Encierra el coche y di a mi madre que no me espere a comer.

Subió de dos en dos la escalera de caracol, que comunicaba con los pisos superiores, entrando en su dormitorio, donde se cambió de

ropa, poniéndose otra más ajada. Consultó el reloj de pulsera. ¡No podía perder tiempo! Se entretuvo demasiado en las oficinas de Nevis Breek...

Encendió un cigarrillo, encaminándose al jardín que rodeaba el «chalet». Iba a transponer la puerta de hierro, cuando la voz de una mujer le detuvo:

—¿Dónde vas, Gilbert? Llevas unos días muy atareado.

—Preparo una conferencia sobre los bajos fondos de la ciudad, mamá. Visito enfermos pobres y parece un insulto presentarme vestido con demasiado lujo.

Tilling envolvió a su madre en una mirada de ternura.

—Trabajas demasiado...

—Te prometo pasar toda una semana sin separarme de tu lado. Ahora he de dejarte. Perdóname.

Gilbert llamó a un «taxi» y desde él hizo una seña de adiós. Luego, volviéndose al chofer, le ordenó:

—Al «*night-club*» de Jim Bypas. Está en...

—No necesita decírmelo. Pocos son en San Francisco los que ignoran el emplazamiento del «*cabaret*».

El joven se recostó, entregándose a sus meditaciones. ¿Habría realizado ya Carry Carnes su cometido?

La respuesta se la dio Huhg Tempest al informarle, excitado:

—¡Hemos sido víctimas de un atraco! Tres enmascarados se apoderaron de cinco mil dólares que teníamos dispuestos para cambios. El jefe está en su despacho. Sube. Es posible que te necesite.

—Ahora mismo. Pienso enfadarme con él.

—No lo hagas. Es terrible cuando se enoja.

—No le temo.

Con paso rápido salvó la distancia que separaba la sala central del «*night-club*» de las habitaciones particulares de Jim Bypas, que, al verle entrar, le saludó con un gruñido.

—¿Dónde te metiste?

Le tuteaba por vez primera, como al resto de sus hombres. Tilling respondió, desafiante:

—¡Eso no te importa! ¿Por qué me excluiste del asalto? ¿Para tener menos con quién repartir?

Los ojos del «boss» brillaron peligrosamente. Se contuvo. La

mano derecha de Gilbert se hallaba muy próxima a la funda sobaquera.

—Cobrarás como todos. No quise exponerte a ningún peligro, porque tengo un encargo muy importante que darte. Si lo realizas a mi satisfacción te regalaré mil dólares. Si no... un ataúd.

—¿De qué se trata?

Jim Bypas le tendió uno de sus cigarros habanos, encendiendo él otro.

—No te apresures. Antes preciso saber algunas cosas de ti.

En la habitación, lujosamente amueblada, reinó el silencio. Gilbert Tilling escudriñó las paredes, deteniéndose en los cuadros que las adornaban.

—¿Aficionado a la pintura? —inquirió Bypas.

—Mucho. En mis ratos de ocio me gusta practicar la acuarela.

—Una habilidad desconocida. Tú no eres como los demás muchachos. ¿Quieres contarme parte de tu historia?

—Sí; sólo lo que puedas saber. Nací en Chicago. Mis padres se sacrificaron por facilitarme una educación, y cuando ya tocaban con sus manos el fruto de sus esfuerzos, intervine en el asalto al First National Bank, matando a un policía. Allí comenzó mi carrera de crímenes. Luego, Nueva York, Florida, otra vez Chicago y, al fin, San Francisco. Nada importante. He vivido bien. Cuando reúno un puñado de dólares y me hastía la ruleta, me voy al campo a pasar grandes temporadas, convirtiéndome en un honorable ciudadano.

Tilling hizo una estudiada pausa. Luego, encarándose con Bypas, le dijo:

—¿Desconfías? Si es así me marchó. ¿Qué tengo que hacer para ganarme esos mil dólares?

—Matar al inspector Harry Carnes. ¿Te sorprende?

—Un poco. Creí que hacía la vista gorda. Parece muy amigo tuyo.

—No lo es. ¿Accedes?

—Cinco mil. Si me descubren he de disponer de fondos para desaparecer del Estado.

—Hecho. El momento lo dejo a tu elección, siempre que no pase de mañana.

—De acuerdo. La mitad de la «pasta» a cuenta.

—Después te la daré. Ahora vete. Tengo que trabajar...

Bypas quedó solo en el despacho. Apenas hubo desaparecido Gilbert, sonó el teléfono. Era Joyce Ritter.

—¿Qué quieres? —le preguntó él, malhumorado—. No puedo perder el tiempo.

—Seguramente ahora sí. Acaban de entregarme un paquete con billetes de Banco robados en tu casa. Hay una carta a tu nombre. ¿La abro?

—No. Voy ahora mismo.

Jim se puso en pie, excitado. ¿Qué significaba aquello? Como un relámpago cruzó una idea por su imaginación. Su sospecha fue confirmada por Huhg.

—Sí, jefe. Había unos cuantos de a cien de los que robamos a la Compañía Minera. Es la mejor forma de cambiarlos. No es muy agradable ser detenido en cualquier estanco al comprar cigarrillos. Siempre tomo con mi parte esa medida de precaución...

El puño izquierdo de Bypas se abatió brutalmente contra la mandíbula del «gangster», derribándole.

—¡Bestia!

—Me las pagará, jefe —amenazó Tempest desde el suelo.

—No te daré tiempo a ello.

De la funda sobaquera sacó una «Browning», en cuyo cañón había adosado un silenciador. Huhg, al ver el gesto homicida del «boss», suplicó:

—¡No me mate! Lo hice sin querer... No me ma...

Jim apretó el gatillo y una bala se clavó en el corazón del que fue su lugarteniente. El leve sonido seco, como el de una burbuja al romperse, estremeció a los que, en la habitación del sótano, apuraban una botella de ginebra. Gilbert Tilling, sin poder contenerse, habló:

—¿Por qué lo hiciste?

—No tengo que darte explicaciones. Kid y Paufield me acompañarán. Los demás aguardad mis órdenes —con la automática en la mano miró a los que le rodeaban—. ¿Tenéis algo que oponer?

Todos callaron, amedrentados. Bypas, volviéndose a los dos «gangsters» que le esperaban en la puerta, prosiguió:

—Vamos. Saldremos por el garaje.

Ascendieron por la rampa de cemento, haciendo girar la puerta secreta. Segundos más tarde, el «Studebaker» corría por las

frecuentadas calles de San Francisco...

Mientras tanto, dejando a sus compañeros de crimen enfrascados en una partida de póker, Gilbert Tilling subió al despacho de Jim Bypas, encerrándose en él. Sin vacilaciones se dirigió a uno de los cuadros, descolgándole.

Sonrió gozoso al descubrir la pequeña caja de caudales. Del bolsillo trasero del pantalón sacó un estuche, extrayendo de él un aparato, consistente en una placa de metal, que aplicó junto al disco de la combinación, y dos gomas, rematadas en otros tantos tubitos de materia plástica, que introdujo en sus oídos.

Con dedos ágiles hizo girar el numerado redondel, percibiendo leves chasquidos, uno de ellos superior a los demás. Sonrió, apuntando en un «block» la primera letra.

Quince minutos más tarde introducía una ancha ganzúa, haciendo girar la cerradura.

Con ademán nervioso puso sobre la mesa el contenido del arma metálica, llenando sus bolsillos de papeles. Menospreció los billetes de Banco, procurando no dejar impresas sus huellas dactilares.

Contó más de cuatrocientos mil dólares, colocando de nuevo el cuadro. Después introdujo los documentos entre la camisa y la carne, reuniéndose con el resto del «gang».

—¿Qué tal esa suerte, muchachos?

Unos contestaron gozosos; otros, malhumorados. Gilbert pidió:

—Hacedme un sitio. Quiero desplumarlos.

Puso dinero ante sí, enfrascándose en la partida. Sus manos no temblaban al barajar los naipes...

Joyce Ritter mostró a Jim Bypas un abultado sobre y uno más pequeño, en el que, a máquina, figuraba el nombre del dueño del «*night-club*». Éste, nervioso, lo abrió, leyendo:

«Devuelvo lo que no interesa. Me he quedado con unos cuantos para muestra».

—Sin firma —comentó el hombre en alta voz—. ¿No viste al mensajero, Joyce?

—No. Cuando abrí la puerta estaba el paquete en el suelo.

Bypas fijó su penetrante mirada en la muchacha, que la sostuvo

sin pestañear. Sentándose, inquirió, burlón:

—¿Qué tal esas relaciones con Harry?

La joven palideció.

—No te entiendo. El inspector no es más que un buen amigo mío.

—¿Íntimo?

—Sí, pero no como tú te imaginas. Sé que no puedo aspirar a él. Está enamorado de Elisa Burke y ella de él.

Lanzó sus palabras, deseando hacer daño a Jim. Nunca supuso la violenta reacción de su interlocutor, que la zarandeó con ira:

—¿Qué dices?... ¡Dime que mientes o te mato!

—Suéltame —gimió Joyce—. Es verdad. No se recatan de ocultarlo.

—¡Maldita!

La empujó rudamente contra el diván. La joven, espantada por la expresión asesina del rostro de Jim, balbució:

—¡Me alegro que sufras! No te mereces su cariño. Es buena. Tú, en cambio, no tienes corazón.

—¡Calla!

Joyce, pasado el momento de terror, se rehízo.

En pie, mordiendo cada una de las frases, prosiguió:

—Me di cuenta tarde de mi error. ¡Pobre de la mujer que ponga su cariño en ti! Aun ahora no obras impulsado por el amor a Elisa Burke, sino dejándote llevar por un ramalazo de orgullo. Vivirás y morirás como un desgraciado, sin que nadie te quiera...

Bypas abofeteó a la muchacha, fuera de sí. Iba a seguir golpeándola, pero se lo impidió una llamada en la puerta.

—Ve a abrir, Joyce. ¡Cuida lo que dices!

La aludida salió, regresando con Harry Carnes, el cual, por vez primera, no tendió su diestra en ademán de saludo, limitándose a decir:

—Hola. No esperaba encontrarte aquí.

—Ni yo que vinieras.

Los dos hombres se observaron sin disimular su hostilidad. La joven, deseosa de romper la tensión, invitó:

—Os voy a preparar unos combinados.

—No hace falta, Joyce. ¿Qué te ha ocurrido en la cara?

—Nada... ¿Por qué lo dices?

—La tienes muy enrojecida.

Los ojos del policía se clavaron acusadores en Jim, que resistió impasible la mirada.

—¿Qué te trae por aquí, Harry?

—No es cosa de importancia. Hablaré con Joyce después de que te hayas marchado.

Era una clara despedida. Bypas, acomodándose en uno de los butacones del tresillo, respondió:

—Supongo que no será urgente.

—Sí. Abajo me he cruzado con tus «guardaespaldas». Si tu pobre madre levantara la cabeza se volvía a morir. Te vas desenmascarando demasiado deprisa, Jim.

El propietario del «*night-club*» se incorporó, encolerizado:

—Métete en lo tuyo. No te importan mis asuntos.

—Me temo que sí. No me agradaría mucho llevarte a la silla eléctrica. ¿No has presenciado ninguna ejecución? El condenado, generalmente, no puede ir por su pie y hay que llevarle a rastras. Una vez en el aparato mortal, el verdugo ciñe las abrazaderas, colocando los electrodos en los brazos, las piernas y la nuca. Luego se hace una enorme pausa, durante la cual nadie osa respirar, hasta que un hombre baja una palanca. El condenado se retuerce y hay un olor a carne quemada. Debajo de la capucha, los ojos se desorbitan y...

—¡Basta! —gritó Bypas.

—Es un espectáculo aleccionador. Te conviene enterarte, para que no te portes allí como un cobarde. A veces hay que repetir la descarga...

Mientras hablaba, Harry Carnes no perdía de vista a Bypas, el cual le lanzó un directo, que sólo encontró el vacío. Segundos antes, el inspector había saltado atrás, en un ágil juego de piernas.

—Corre el cerrojo, Joyce. Le voy a dar una gran paliza.

La muchacha obedeció presurosa.

—Necesito pruebas. Te dije que nunca fracasaba.

—No las encontrarás. Voy a matarte.

Jim se abalanzó, enloquecido, contra su adversario, que se apartó a la izquierda, evitando la brutal acometida. El «boss» derribó la mesita de centro, y al ir a incorporarse, dos soberbios puñetazos dieron con él en tierra. Se incorporó rugiendo.

Cambiaron algunos golpes. Harry, conocedor de todos los trucos del pugilismo, esquivaba con extraordinaria agilidad. Su enemigo, en cambio, sangraba por el rostro.

Amagó al hígado de su contrincante, haciéndole bajar la guardia, y entonces le asestó un formidable «uppercut». Jim retrocedió, para caer sobre una silla, que crujió...

Tardó unos segundos en levantarse. El inspector dijo:

—Ya tienes bastante. ¿Quieres saber por qué te he provocado, apaleándote? Porque desprecio a los cobardes que pegan a las mujeres. Joyce tiene en sus mejillas la marca de tus dedos.

—¡Cuidado! —gritó la muchacha.

La mano derecha de Bypas esgrimía ya la pistola. Harry, sin dudarlo, se lanzó en «plongeon» contra el cobarde, provocando un feroz cuerpo a cuerpo.

Perdida la paciencia, machacó la cara de su adversario sin piedad. Jim, aunque se defendía bravamente, no tardó en sucumbir.

El inspector Carnes, jadeante, se incorporó, no sin desarmar a su antagonista.

—Prepárame un combinado fuerte y llama a los que esperan en la puerta.

La joven accedió, y segundos después, los «gangsters» contemplaban asombrados el cuerpo de su jefe, que aún no había recobrado el conocimiento.

—Llévósle antes de que me arrepienta y le meta en la cárcel por desacato a la autoridad. ¡Pronto!

Los hombres cargaron con Bypas, metiéndose en el bolsillo el sobre de billetes que les entregó Joyce. La muchacha agradeció:

—No debiste exponerte por mí, ni avisarle. Será capaz de una traición.

—No me sorprendería. Ya intentó liquidarme una vez. ¿Por qué te pegó?

—Le dije que Elisa Burke te amaba y tú a ella...

—¿Cómo lo sabes? No hay nada entre nosotros.

—Para los ojos de una mujer, pocos secretos se ocultan en el corazón de los hombres. Deseo que seáis muy felices...

Había tristeza en la voz de Joyce Ritter. Harry, conmovido, preguntó:

—¿Le sigues queriendo?

—Sí; con toda mi alma.

—Entonces... ¿por qué me ayudas?

La joven, sonriendo amargamente, respondió:

—Lo ignoro. Tal vez mi amor se ha transformado en odio... Quizá desee verle a mis pies pidiéndome perdón... No soy buena. Cuando te conocí en Brooklyn ambicionaba un bienestar que tú no podías darme. Me sedujo tu hombría de bien, pero te abandoné. Fue mejor para ti...

Harry Carnes bebió despacio el vaso de licor.

—No hablemos de eso. Aún es posible que conozcas la dicha. ¿Por qué no te marchas de San Francisco? Diré a mi padre que te busque un buen empleo en Nueva York. Puedes, y debes, rehacer tu vida.

—Es tarde. No podemos negarnos a nuestro pasado.

Hubo un largo silencio, roto por la muchacha:

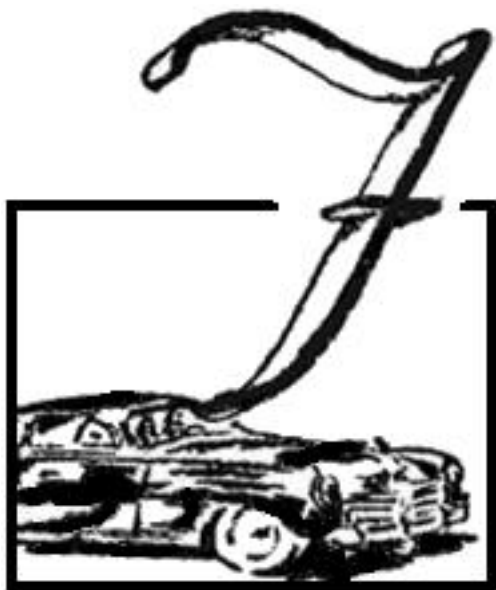
—¿Qué averiguaste?

—Nada aún —mintió el inspector—. Con la devolución de los billetes, que mis hombres sustrajeron, no pretendo sino intranquilizarle.

Harry creyó adivinar un suspiro de alivio en Joyce y sus sospechas se reafirmaron...

CAPÍTULO V

GUERRA SIN CUARTEL



IM Bypas recobró el sentido en el interior del vehículo que le transportaba al «*night-club*». Uno de los «gangsters» le miraba con expresión indefinible; el otro no volvió la cabeza, atento a la enorme circulación de la gran avenida.

—Tenga un trago, jefe.

El que había hablado le tendió un recipiente de metal recubierto con piel. Bypas bebió, serenándose.

—¿No puedes ir más deprisa? —dijo al conductor.

—Lo intentaré.

—En el «Packard» reinó el silencio. Jim, contrayendo los músculos faciales, se trazó íntimamente un plan a seguir. Harry

Carnés no viviría mucho tiempo.

En el sótano del «*cabaret*», los hombres se incorporaron al verles llegar. Ninguno hizo un comentario. No era preciso. La cara tumefacta del «boss» indicaba claramente que algo anormal sucedía.

—Tilling, no puede pasar de esta noche. Me respondes con tu cabeza. Vosotros, aguardad mis órdenes. ¿Os habéis movido?

—No, jefe. Nos entretuvimos jugando a las cartas.

—Bien.

Cogió el sobre con el dinero recuperado y subió a su despacho. Al abrir la pequeña caja de caudales no pudo contener un grito de espanto. ¡Le habían robado, con sus cartas de negocios, más o menos lícitos, la declaración de su padre reconociéndose el asesino de Jim Carnes, el tío del inspector que se esforzaba en desenmascararle!

Llamó por teléfono a sus hombres, reuniéndoles en el gabinete de trabajo. Eran cinco. Les miró inquisitivamente.

—¿Quién ha subido aquí? ¿Dónde están Kid y Peufield?

—Colocando el cadáver de Huhg en un cajón para, cuando anochezca, tirarlo al Pacífico. ¿Les llamo? —contestó Tillins por todos.

—No es preciso. Ellos no pudieron ser. Repito la pregunta anterior.

Se hizo el silencio. Los «gangsters», pese a sus historias sangrientas, temían al jefe. El «boss» no vacilaba en ser el primero en el riesgo, y la muerte de Tempest les acobardaba.

—¡Vamos! ¡Hablad!

—Lo haré yo —dijo Gilbert—, aunque soy el menos indicado, por mi reciente ingreso en el «gang». Desde que te marchaste no hemos hecho otra cosa sino jugar a las cartas. El único que ha abandonado el sótano he sido yo unos minutos. Fui al lavabo. Durante mi breve ausencia creo que nadie habrá salido; pero eso, y la veracidad de mis palabras, puedes comprobarlo preguntando a los demás. ¿Qué diablos pasa?

—No te importa. Yo pago y yo mando.

Comenzó un minucioso interrogatorio de los presentes, que corroboraron lo dicho por Tilling.

—Podéis marcharos. No os necesito. Quédate, Gilbert. Quiero hablar contigo.

Los fuera de la ley obedecieron, a excepción del aludido, que se sentó tranquilamente en uno de los sillones, encendiendo un cigarrillo. Los dos hombres se observaron unos segundos. Al fin, Bypas habló:

—Ninguno de los que acaban de marcharse tiene inteligencia para abrir el arca y me temen lo suficiente para atreverse a ello. No te culpo, pero si has sido tú, «tan aficionado a la pintura», te daré cincuenta mil dólares por esos papeles.

—No digas bobadas. ¿Qué tiene que ver el robo con la pintura?

—Mucho. Mira.

Descorrió el cuadro, dejando al descubierto la caja secreta. Gilbert silbó, manifestando groseramente su asombro.

—Bonito truco. ¿Se llevaron mucho dinero?

—No, unos documentos.

—Entonces pierdes el tiempo ofreciendo cincuenta mil. Al parecer, al ratero sólo le interesaban esos papeles. ¿Desde cuándo no abres la caja?

—Desde anteayer.

—Peo asunto. Creo necio que intentes fijar el hecho a una hora determinada. Pueden haberlo realizado en otra ocasión.

La serenidad de Tilling y su acertado razonamiento tranquilizaron a Jim, que, insistiendo de nuevo en su orden de eliminar sin tardanza al inspector Harry Carnes, le despachó.

Una vez solo marcó un número en el teléfono.

—¿El señor Burleigh? De parte del señor Bypas. Sí, espero.

A sus oídos llegó un ruido de clavijas, y segundos después, la voz bronca de un hombre:

—¡Hola, Jim!... ¿Qué hay?

—Buenas noticias para usted, Mac. Si le sigue interesando, en el precio que últimamente me dio, le vendo el edificio y el «*night-club*». He decidido marcharme de San Francisco. No quiero preocupaciones.

Se oyó una interjección en el otro lado del hilo.

—De acuerdo.

—Venga con el notario y el dinero o una carta de crédito antes de la noche. Después de la muerte de mis seres queridos me urge abandonar un lugar donde todos son recuerdos. Le ruego la mayor prudencia. Hasta luego, Mac.

—No faltaré.

Bypas colgó el auricular y, sacando de uno de los cajones una voluminosa cartera de cuero de las llamadas de fuelle, por su gran capacidad, colocó en ella los billetes de la secreta caja de caudales y, registrando la mesa, quemó y guardó algunos documentos. Luego, con el semblante tranquilo, telefoneó para que Kidd le tuviese preparado el «Packard», advirtiéndolo:

—Lo conduciré yo mismo. Si viniera alguien, que aguarde.

Minutos más tarde, a la máxima velocidad permitida por la ley del tráfico, se dirigía al barrio chino; concretamente, a la avenida de Saratoga. En el establecimiento de bebidas ordenó a Yu Ling:

—Dame la llave de mis habitaciones. ¿Puedo fiar en ti?

—Mientras me des diez dólares dialios, sí. El negocio siempre es el negocio.

Jim ascendió por una carcomida escalera, penetrando en una gran estancia cuadrangular sin ventanas. Pasó a otra de las mismas características. La renovación de aire se efectuaba a través de unas troneras situadas en la unión de las paredes y la techumbre.

—Dan a un pasillo —le advirtió el oriental—. Mi casa está plepalada pala que no se oigan los luidos en el exteliol.

—Toma una semana adelantada. Confío en que no habrá duplicados de la llave.

—Se lo julo pol mis antepasados...

—No hace falta. Si me traicionaras te mataría. Déjame solo.

Bypas, cerrando tras de sí, reparó en el escaso mobiliario, consistente, en la habitación interior, en una cama de hierro, un armario, una mesilla y dos butacones, y en la de fuera, que comunicaba con el rellano de la escalera, en una mesa y media docena de sillas. En un rincón, un viejo armario.

Pensó dónde esconder la fortuna que portaba y lo hizo debajo del mueble. Luego, dando doble vuelta de llave a la puerta, montó en su automóvil, dirigiéndose al domicilio de un médico, que le curó las erosiones de la cara.

—¿Es usted boxeador, amigo?

—Aficionado. ¿Qué le debo?

—Medio dólar.

Pagó y, trazado un plan de acción, se acomodó en un restaurante, pidiendo una merienda-cena. Desde allí telefoneó al

«cabaret».

—¿Peufield? —inquirió.

—Él mismo, jefe.

—¿Hay alguna visita?

—No.

—Tardaré poco en ir. ¿Habéis abierto al público?

—Se va a hacer ahora mismo. ¿Alguna orden?

—Ninguna. Permaneced alerta.

Bebió un doble de ginebra, haciendo hora. Las farolas eléctricas alumbraban la avenida Marquet.

Consciente de los riesgos a que se exponía permaneciendo en el «*night-club*», pero deseoso de liquidar de una vez todos sus asuntos, montó en el «Packard», y tras dar un gran rodeo por la ciudad, llegó al edificio de su propiedad. Kidd salió a su encuentro:

—En su despacho le espera el señor Burleigh acompañado de un «tipo» con aspecto de ratón.

—Gracias.

Subió las escaleras de dos en dos, abriendo la puerta del lugar indicado por el «gangster».

—Buenas noches, señores. Perdonen mi tardanza. ¿Qué tal, Mac?

—Encantado de verle. Le presento al señor Bolt, notario de mi mayor confianza.

—Mucho gusto en conocerle. Siéntense, por favor. Desearía saltar por encima de los trámites. ¿«*Whisky*»?

Los visitantes asintieron con el gesto, y Bypas, con singular elegancia, medió tres vasos, inquiriendo de nuevo:

—¿Soda?

El notario negó con la mano, lo mismo que Mac.

—Vayamos al grano, Jim. Setecientos cincuenta mil dólares y la propiedad, con traspaso, del «*night-club*». Creo que un contrato de dos cláusulas bastará. Usted se hace cargo y no yo de las deudas e hipotecas que pudieran pesar sobre el inmueble, declarando que me lo entrega libre de gravámenes.

—Conforme. Prefiero una fórmula sencilla.

Burleigh sacó un pliego de barba, extendido por triplicado.

—Firme. ¿Le basta un cheque a su nombre? Ya está respaldado por dos testigos.

—Me asombra su rapidez, Mac.

—No quiero que se arrepienta. Supongo que me entregará en regla los primitivos títulos de propiedad.

—Ahí están, en la carpeta que hay a su derecha. ¿Desea examinarlos?

—Que lo haga el señor Bolt mientras usted lee el documento. Por cierto: ¿qué le sucede en el rostro?

—Un accidente de automóvil. Careció de importancia. No quise que la Prensa diera la noticia, para no verme importunado en mi trabajo con llamadas o cartas interesándose por mi salud.

—Comprendo...

Quince minutos más tarde, los dos hombres eran despedidos cariñosamente por Bypas.

—A partir del próximo mes es usted el dueño del edificio. Mientras tanto, una vez más, le ruego conserve el secreto.

—Lo haré. Adiós, Jim. Espero que se despida de mí.

—Cuente con ello.

Una vez solo, Bypas pasó a su dormitorio, metiendo trajes y camisas en una maleta de las usadas comúnmente en los aviones por su poco peso. Tan abstraído se hallaba en su tarea, que no sintió abrirse la puerta a sus espaldas.

—¿De viaje? —dijo una voz burlona.

Jim se volvió rápidamente, llevando su mano a la funda sobaquera. No tuvo tiempo de empuñar el arma. Una voz metálica, carente de inflexiones, le advirtió:

—No creo que pretendas suicidarte.

Gilbert Tilling le apuntaba con un revólver.

—¿Qué es lo que quieres?

—La pasta ofrecida por liquidar a Harry Carnes. Si te amenacé es porque temí que te dejaras llevar por el miedo y me cosieras a balazos.

Guardó la pistola, avanzando hacia el «boss», que, tranquilizado, sacó de la cartera cinco billetes de a mil, entregándoselos al joven.

—¿Era esto?

—Sí. ¡Mañana leerás en los periódicos una noticia agradable! Al inspector le quedan segundos de existencia.

—Lo celebraré por ti. Déjame ahora.

—Como mandes. ¿Te marchas?

—No. Quizá vaya a pasar el fin de semana a Sacramento. No deseo que me identifiquen con el crimen de Harry. Es una medida de prudencia. No digas nada a los muchachos. Saldré por la puerta de servicio.

—¿Te acompaño?

—No es necesario. Voy con unos amigos, que justificarán mi coartada. Hasta la vuelta.

Gilbert Tilling abandonó la estancia con una sonrisa bailándole en el rostro. Bypas respiró al saberse solo, vistiéndose de etiqueta. Antes quería dar una vuelta por la pistas de baile. Procuraría pasar la noche en algún club nocturno, en el que fuese conocido.

Todo se desarrollaba con arreglo a sus planes. En el bolsillo interior de la americana, el cheque de

750 000

dólares le tranquilizaba con respecto a la liquidación de sus negocios.

Paseó por entre las mesas, repartiendo su sonrisa de hombre de mundo. Harry Carnes, que entraba, le abordó:

—¡Hola, Jim! Pareces muy seguro de ti mismo.

—No tengo nada que temer. Quizá tú no puedas decir lo mismo. ¡Ah! Me agradecerá ser el padrino de vuestra boda. Elisa es una gran muchacha. Se merece algo mejor que tú.

—Quizá lo encuentre. No hay nada entre los dos.

Brilló una chispa de alegría en las pupilas de Bypas. El inspector, reparando en ello, continuó:

—Pero lo habrá. No me gusta dar un paso sin garantizar el triunfo. Tengo fama de no haber fracasado jamás.

—Es la tercera vez que me lo dices. Pierdes el tiempo si pretendes intimidarme.

—Peor para ti.

Harry se alejó de su enemigo, a fin de saludar a Joyce Ritter. Jim se le adelantó:

—¡Hola! Pensaba irte a buscar para pedirte perdón por lo sucedido, y, en desagravio, invitarte a pasar una buena noche en un club de moda. Después del desagradable «incidente» de tu casa, quisiera borrar de ti ese mal recuerdo. Una mala hora la tiene cualquiera.

El rostro de Bypas se dulcificaba al hablar. La muchacha le miró,

asombrada de la brusca transformación.

—Acepto —respondió con alegría.

Harry se apartó, discreto, cambiando una significativa mirada con uno de los hombres a sus órdenes, que comprendió. No bien hubieron salido Jim y Joyce, el agente fue tras ellos, decidido a no perderles de vista.

El inspector, sonriendo extrañamente, hundió las manos en los bolsillos del pantalón, clavándose las uñas en las palmas, en un esfuerzo gigantesco por no estrangular al miserable. La historia se repetía.

Abandonó el establecimiento y caminó despacio por el paseo de la Bahía, gozando del leve airecillo, impregnado de las sales del mar.

Notó que alguien le seguía, y dispuesto a no dejarse casar, anduvo hasta las casetas de las grúas con las que se facilitaba el descargue a los buques, escondiéndose. Oyó pasos, y se dijo que aquel individuo era un imprudente.

Le vio cruzar, y saltó sobre él, derribándole. Sus manos se engarfiaron en la garganta del que presentía su enemigo que apenas si tuvo tiempo para exclamar:

—¡Harry!... Soy yo.

—Perdona, Gilbert. Debiste haberme avisado.

—No lo creí prudente en las inmediaciones del «*cabaret*». Vengo a matarte.

—No disparates, Tilling —respondió Carnes, poniéndose en guardia.

—Es la verdad. Jim ha pagado cinco mil dólares para que te suprima. Necesito ganarme su plena confianza.

—No bromees.

—Hablo en serio...

A la mañana siguiente, los periódicos de San Francisco publicaban una breve nota necrológica facilitada por la Jefatura de Policía.

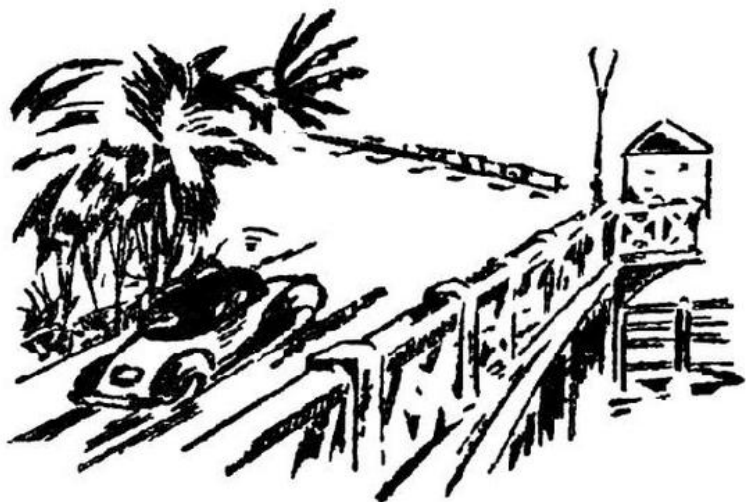
«En las proximidades del muelle de descargue de la Bahía se ha encontrado muerto de una puñalada en el corazón al inspector Harry Carnes, muy considerado en los círculos policiales. Se cree que se trata de una

venganza. Las autoridades trabajan activamente para esclarecer el crimen».

Elisa Burke no pudo contener el llanto. La señora Swift la consolaba.

—Cálmate, hija. Vivimos una época desastrosa. No hay vidas ni haciendas seguras. Mi pobre marido...

La joven no la oía... En su corazón agigantábase la pena...



CAPÍTULO VI

EL OFRECIMIENTO DE JIM BYPAS



ADIE molestó a Bypas con preguntas indiscretas respecto a la muerte de Harry Carnes. Tan seguro se sintió Jim, que lamentaba haber vendido su cada vez más floreciente negocio. La última edición del «Chronicle» aportaba nuevos datos sobre el asesinato. Tranquilizado con respecto a su futuro, tras descansar unas horas, ya de noche, se dirigió a Saratoga para recuperar la cartera que escondió debajo del antiguo aparador. Estaba intacta.

La prudencia aconsejábale conservar en el incógnito aquel escondite, y abonó a Yu Ling el importe de un mes para que no dispusiera de las habitaciones. El chino se inclinó, respetuoso.

Presentía en aquel occidental una fuente inagotable de ingresos.

Ya en el «*night-club*», lleno a rebosar, escondiendo el dinero en el departamento secreto de su alcoba, se reunió con el público, invitando a Tilling a su mesa.

—Sin novedad, jefe —le informó Gilbert—. Nadie sospecha de mí. No hice el menor ruido.

—Bebe una copa.

—Gracias. ¿Por qué no me devuelves el documento que Armé reconociendo que quise robarte?

—Por desgracia, me es imposible. Se lo llevaron con el resto de mis papeles. Me temo que el ladrón no fuese otro que el hombre al que mataste. Hay que registrar su casa.

—Ya lo hice, pensando apoderarme del dinero que tuviese. Era pobre como una rata. Me entretuve dos horas en la faena. Fracasé.

Bypas, sin poder disimular su admiración, reconoció:

—Eres muy audaz.

—No, jefe: ambicioso solamente. ¿Qué tal anoche? Veo que prescindiste de trasladarte a Sacramento, prefiriendo divertirme con Joyce. Me gusta esa chica.

—Te la regalo. No me interesa. Has de esperar unos días para comenzar el asedio. Necesito que, si es preciso, declare que no me separé de su lado.

—Ya se habrán informado de todos y cada uno de tus pasos. Esos sabuesos no pierden detalle.

—¿Qué hiciste con el puñal?

—Lo arrojé al mar. Voy a jugar un rato.

—Haz lo que se te antoje. Cuida de no perder esos cinco mil. Volverían a mi bolsillo.

—Lo procuraré.

Jim Bypas, consecuente con su plan, salió del establecimiento, no sin ordenar a Peufield, su hombre de confianza desde la muerte de Huhg Tempest:

—Saca el «Packard». Yo conduciré.

Una vez en el domicilio de los Swift, llamó repetidas veces al timbre. Fue Elisa Burke la que salió a abrir.

—¡Jim!

—Él mismo. Quisiera hablar con la viuda de Romney. ¿Qué tal te encuentras? Estás muy demacrada. ¡Ah, ya comprendo! El pobre

Harry. A mí también me ha trastornado la noticia.

La muchacha observaba en vano al recién llegado, para descubrir en él un gesto de culpabilidad o gozo. El semblante de Bypas revelaba pesar.

Le condujo a un saloncito en el que una mujer de cabellos blancos bordaba una servilleta. A su lado, su hija Betty, una criatura deliciosa, de unos diecisiete años.

Jim las saludó respetuoso, disculpándose por su tardanza en visitarlas.

—No quise aumentar su dolor, señora. Apreciaba a su esposo. Hoy, pese a lo intempestivo de la hora, quiero traerles, con mis frases de consuelo, una realidad. Sé por Elisa que la situación económica de ustedes no es muy próspera. Hay un puesto vacante en el «*night-club*»: el de cajera.

La anciana meditó unos segundos antes de responder. Luego, con voz bien timbrada, empezó:

—Siéntese, se lo ruego. Le agradezco muy sinceramente su atención. Sólo encuentro un obstáculo: la moral. —Jim pretendió interrumpirla, pero ella se lo impidió—. No... por favor. Déjeme terminar. Una frase incompleta puede ser mal interpretada. Muchos hogares de San Francisco conservan y aman las tradiciones españolas. No es frecuente ver a mujeres bordar mantelerías cuando en los almacenes de la ciudad se consiguen más baratas, hechas a máquina. Basta introducir veinticinco centavos en el «Tell-it-to». En los Estados Unidos se vive cara al porvenir. En casa lo hemos hecho siempre cara al pasado. Su «*cabaret*» no es mejor ni peor que otros muchos. La concepción moderna de lo bueno y lo malo, aunque es arbitraria, posee una lógica. El pecado lo llevamos nosotros en el corazón, por nuestras imperfecciones. Sin embargo, estimo que, a veces, las circunstancias mandan en nuestros rectos propósitos.

—Ignoro dónde va a parar, señora Swift.

—Ya termino. Mi esposo y yo dimos a Betty una educación severa. No quiero que se estropee viendo a una juventud que se divierte sin trabas sociales, rindiendo culto a una libertad mal entendida. Perdóneme si no me he expresado con la debida corrección. Le aseguro que mi gratitud no disminuye por mi negativa. Si sabe de alguna otra cosa...

—Estimo su sinceridad en lo que vale. Comparte las mismas

ideas que mi madre. Por desgracia no tuve la virtud suficiente para resignarme a ser uno más en la gigantesca colmena de San Francisco. No las canso. ¿Quieres dar un paseo, Elisa? He de hablar contigo.

—No veo obstáculo. Regresaré pronto, Catalina.

La señora Swift y Betty salieron hasta la misma puerta, agradeciendo una vez más, con palabras más corteses que sinceras, el ofrecimiento de Jim Bypas. Éste, una vez solo con la muchacha, barbotó:

—¡Demasiado orgulloso para pasar hambre!

—No lo creas. Envidio ese hogar que un canalla deshizo asesinando a Romney.

Reinó el silencio. Los dos jóvenes caminaban despacio por la Séptima Avenida. Fue Jim el primero en hablar:

—¿Qué hay del padre de Harry?

—Le avisé por telegrama a los pocos segundos de saber la noticia. Me extraña que no haya venido. ¡Pobre viejo! ¿Qué querías decirme?

—Poco y mucho. La semana próxima abandono la ciudad y California. Pienso trasladarme a Florida e instalarme como granjero. Ambiciono vivir en paz. He pensado que tal vez te agradecería acompañarme. Es una nueva proposición de matrimonio. Tal vez la última.

—¡Jim!

—No voy a repetirte que te quiero. De sobra lo sabes. Tengo fama de orgulloso y no me importaría suplicarte de rodillas una migaja de amor. ¿Ves? ¿Me comporto como un estúpido sentimental? Tu respuesta puede decidir el curso de nuestras vidas.

—Es la misma que te di en el «*night-club*». Hoy por hoy no veo en ti más que a un hermano, a un amigo fraterno.

—¡Me rechazas!...

Pese a sus esfuerzos por disimular la cólera que empezaba a invadirle, Bypas no pudo evitar que la frase evidenciara sus sentimientos.

—Sí —fue la serena réplica—. Volvamos a casa. Creí que no insistirías más.

No hablaron más hasta llegar al domicilio de los Swift. Al despedirse, Jim, preguntó:

—¿Tu última palabra?

—Es necio que nos engañemos. Adiós.

Tendió su pequeña mano que se ocultó entre la de Bypas, el cual, montando en el «Packard», crispó sus dedos en el volante encaminándose al «*cabaret*». Allí le esperaba una gran sorpresa. Gilbert Tilling le advirtió:

—Hay un caballero esperándote en la mesa del fondo. Ten cuidado. Parece un «poli».

Cruzó la pista de baile deteniéndose ante un hombre de unos sesenta y cinco años, que le miró sin levantarse:

—¿Tú eres el hijo de Charles Bypas?

—Sí.

—Siéntate. Te tuteo porque soy el padre de Harry Carnes. Nuestras familias vivieron siempre muy unidas.

—Ahora también. Me he preguntado los motivos de su tardanza. Hace unos minutos me refería a ella.

—Cuestiones de salud —fue la abstracta contestación—. Antes de que sigas, quiero enseñarte algo que un hombre me entregó en el aeródromo. Por eso es a ti mi primera visita.

Extrajo de su cartera un doblado papel, qué Jim leyó:

«El asesino de su hijo no es otro que el dueño del
cabaret» de la Dársena Central.

Bypas, pálido, devolvió el anónimo.

—Supongo que no le habrá dado crédito. ¿No pudo reconocer al mensajero?

—No. Quedé tan sorprendido que cuando quise reaccionar era tarde. ¿Qué puede decirme de la muerte de Harry?

—Nada que no sepa. Apareció apuñalado sin que hasta la fecha se haya descubierto ni el móvil del crimen ni la identidad del agresor. ¿Qué hace?

El viejo se había puesto en pie. Repuso:

—Marcharme. Voy a entregar el mensaje a la Policía. Perdona que no te dé la mano. No sé si está manchada de sangre.

Erguido, pese a los años, abandonó el establecimiento. Tan grande fue el desconcierto de Jim que tardó unos minutos en salir tras él con el ánimo de impedirle llegar a la Jefatura. No vio a nadie

y, desalentado, subió a su despacho. Su enemigo no era, como supuso, el inspector de Policía, sino alguien que, desde las sombras, fraguaba su ruina. Continuar en la ciudad era absurdo.

Meditó unos segundos recordando unas palabras proféticas: «¡Qué no te ame nadie... Qué la vida te niegue una hora de felicidad...!»

Deseando dejar tan tristes ideas entró en su habitación y cogiendo la maleta se dispuso a salir.

—Es la segunda vez que nos vemos en semejante circunstancia —dijo Tilling desde la puerta, esgrimiendo una pistola.

—Sí —replicó el dueño del «*cabaret*»—. Eso indica que me vigilas.

—Tal vez. ¿No te importa que cierre detrás de mí? No me agrada dar la espalda a nadie. ¿Te marchabas? Lo comprendo. Después de vendido el «*night-club*» nada te retiene a ti.

—¿Cómo sabes?

—Bolt, el notario, es pariente mío. Pertenecemos a una de las familias más ilustres de la ciudad. Mi padre fue el más modesto de todos. Trabajaba de cajero en el «National Bank». ¿No te recuerda nada ese nombre? Hace unos meses salió de presidio, tan enfermo, tan envejecido por el sufrimiento que, pese a mi condición de médico, no espero salvarle. Le acusaron de robar cincuenta mil dólares. Yo sé que él no fue. ¡No te muevas! Así, de pie, en el centro de la habitación, estamos los dos mejor.

—No seas loco, Tilling. Ignoro lo que me cuentas.

—Perdón. No es ese mi apellido, sino Robin. Tardé mucho en encontrar una pista, pero la hallé. Por fortuna curé a algunos malhechores y, pretextando un interés puramente científico, les hice enseñarme a abrir una caja de caudales. Cuando me sorprendiste buscaba pruebas. Al condenar a mi padre por robo y abuso de confianza, me puse de acuerdo con uno de sus amigos que me dio tres nombres de los únicos que tenían acceso a la cámara acorazada. Entre ellos iba el tuyo. Os vigilé, sin observar anomalías en vuestro modo de comportaros. Al año, cansado, di por inútiles mis pesquisas. Transcurrieron los meses. Un buen día me enteré, casualmente, de que habías abandonado tu empleo dedicándote a especular con grano. No me fue difícil comprobar que te limitabas a operaciones de poca importancia que apenas si te reportaban unos

dólares. Mis sospechas se confirmaron al verte gastar un dinero que no ganabas.

Gilbert Robin hizo una pausa para continuar:

—Comencé a tejer la malla en que hoy has caído. Puse en juego mi influencia y solicité y obtuve copias de tus transacciones comerciales. Tardó en conseguirlo. La Policía tiene en su poder una carpeta con esos documentos. Necesitaba más para proceder contra ti y, en un gesto audaz, tras frecuentar tu establecimiento agotando mis escasos ahorros en la sala de juego, simulé carecer de dinero para abonar la consumición. Esperaba tu intervención. No me equivoqué.

—Entonces... ¡tú no mataste a Harry Carnes! —le interrumpió Bypas.

—Ya hablaremos de eso. Hemos de esperar a la ley. No tardará mucho en llegar. Hay suficientes pruebas para condenarte. Las obtuve en la caja secreta de detrás del cuadro. Supe su existencia cuando asalté la oficina del arquitecto Nevis Breek, el hombre que construyó el edificio. Sólo pretendía revisar los planos. Temí que el arca hubiera sido construida posteriormente. Por fortuna no sucedió así. Los periódicos hablaron poco del asalto, desorientados. No robé nada. La mecanógrafa fue la única víctima. Supongo que ya se le habrá pasado el susto.

Jim escuchaba atónito el sorprendente relato. Necesitaba escapar, pero... ¿cómo? El hijo del hombre al que envió a la cárcel no se descuidaba. Su interés aumentó al oír:

—El hombre a quien perseguisteis en el sótano acorralándole, era Harry Carnes. Le salvé haciendo funcionar desde el garaje la puerta secreta. En mi despacho del Hospital Municipal le conté la historia. Estrechó mi mano y a partir de entonces trabajamos en colaboración. Le entregué el documento que rehabilitaba la memoria de su tío. Aún recuerdo sus palabras al leerlo: «El pasado no perdona —dijo—. Nadie puede sustraerse a la Justicia». Yo asentí con el gesto. Me dio la orden de impedirte la fuga. Al ver que hablabas con su padre, deduje que juzgabas el momento oportuno para desaparecer. Me puse en comunicación con la Jefatura. No tardarán los agentes en venir por ti. Estamos bien enterados de tus asuntos. Hay más pruebas de las que supones. Las que nos falten las obtendremos aplicando el tercer grado a los «gangsters» a tus

órdenes.

—Fracasaréis. Soy inocente.

—Lo veremos. Mientras llegan para llevarte a la cárcel, deseo que no nos aburramos. Vuélvete de espaldas. Te voy a desarmar.

Bypas obedeció, seguro de que la más mínima resistencia le acarrearía la muerte. Inquirió:

—¿Y lo de Harry?

—Debió ser víctima de algún enemigo. Fue una verdadera coincidencia. Lo siento. Él me hubiese ayudado ahora.

Enfundó el revólver y, quitándose la americana, dijo:

—Me molestaría dejarme arrebatar la presa por las autoridades sin haberte roto algún hueso.

Su puño derecho se abatió contra la mandíbula de Jim, que retrocedió sin caer mientras sus ojos se animaban con un resplandor homicida. Si conseguía poner fuera de combate a Gilbert estaba salvado.

Adoptó las máximas precauciones antes de responder a la inesperada agresión. Su brazo izquierdo se estiró asestando un feroz golpe a su rival en una de las cejas. Luego provocó un brutal cuerpo a cuerpo. Era indudable que pronto conseguiría reducir a aquel hombre que no esperaba la violenta reacción de su adversario.

Tilling retrocedió tropezando con el borde de la cama. Bypas, aprovechando la circunstancia, le asestó un formidable derechazo que le hizo caer aturdido. Jim no esperó a que se repusiera, sino que abriendo la puerta con llave salió de la habitación. La torpeza de su adversarlo le había salvado.

Gilbert, incorporándose, sonreía...

Desde un teléfono público, el propietario del «*night-clubs*» habló:

—¿Recibiste noticias de padre de Harry?

—No —respondió Elisa desde el otro lado del hilo—. ¿Y tú?

—Está en mi casa, víctima de un ataque cardíaco. He mandado llamar al médico. Voy a buscarte con un coche.

—Te espero. No tardes.

Cuando Jim Bypas colgó el auricular había en sus ojos un brillo demoníaco. Subió al «Packard» y, diez minutos más tarde, recogía a la muchacha que, con el semblante angustiado, le preguntó:

—¿Crees que morirá?

—No lo sé. Le han trasladado al hospital Lot. Vamos para allá.

Preocupada por lo que acababa de decirle Jim, la joven tardó bastante en reparar que seguían la dirección contraria al lugar indicado, internándose en «Chinatown».

—¿Dónde vamos?

—He de recoger su equipaje. Me lo ha encargado mucho.

Ya en la avenida de Persia la inquietud de Elisa aumentó.

—¡Para! —dijo a su acompañante—. Tomaré un «taxi».

—No lo intentes —fue la fría respuesta—. La seguridad de la señora Swift y de su hija dependen de tu obediencia. Respondes de sus vidas. No necesito más que telefonear a mis hombres para que las asesinen.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—No. He decidido que me acompañes, de grado o por fuerza, a Florida o a Nueva York. Necesitaba un pretexto para sacarte de casa y ninguno mejor que utilizar un nombre para ti querido.

—¡Miserable! ¡Al fin te has quitado la máscara!

—Es el momento oportuno. Dispongo de más de un millón de dólares para que vivamos felices. Un avión nos trasladará a cualquier punto del país donde nos casaremos viviendo felices.

—¡No lo lograrás!

—Sí, aunque tenga que molerte a palos. Soy un hombre que siempre obtuvo lo que quiso.

—Menos el amor. Yo te odiaré. Tú asesinaste a Romney Swift y tal vez a mi marido y a Harry. ¡Maldito seas!

El vehículo cruzaba despacio por estrechas y malolientes callejas en las que pululaban multitud de seres de todos los países, especialmente orientales.

—Es inútil que levantes la voz. Los que nos rodean son indeseables. Espero que unos días de meditación te sirvan de mucho.

Torció por la calle Mission hasta llegar a la avenida de Persia. Elisa Burke, horrorizada, contempló a numerosas mujerzuelas fumando, y cubierto su cuerpo por vestidos de pésimo gusto y del mayor atrevimiento, que abordaban a los transeúntes, clásicos tipos de hampones. Oyó hablar del famoso barrio chino, pero nunca creyó que la degeneración llegase a tal extremo.

—Lo que ves no es nada —oyó comentar a su lado—. El verdadero dominio del hampa se oculta en los sótanos y en los «*cabarets*». Ya hemos llegado.

La cogió del brazo, amenazándola:

—Antes de perderte te mataré. Pasa.

Entraron en el establecimiento de Yu Ling subiendo las carcomidas escaleras. Una vez en las dos habitaciones, Bypas tomó de nuevo la palabra:

—Vivirás aquí unos días hasta que lo prepare todo para la marcha de San Francisco. Te amo, Elisa. No me juzgues con demasiada dureza.

Ella le miró con desprecio, sin responder. Él continuó:

—No te haré ninguna violencia si me obedeces. Te traeré los alimentos precisos. Has de perdonarme.

Cerró tras de sí con doble vuelta de llave. Se volvió sintiéndose observado. Yu Ling le saludó:

—Hola, señol. Celeblo que haya venido. Le vi cluzal con la señolita. ¿Qulel opio?

—No. Te pesará si me andas espiando. ¿Qué buscas?

—Más dinelo... a pléstamo. He pagado una lemesa de bebidas. Sólo cien dólales.

Jim contuvo sus deseos de estrangular al oriental.

—Toma —le advirtió—. Son los últimos. Si intentas hacerme víctima de un «chantage» te enviaré a reunirme con Confucio. ¿Está en quiebra tu negocio?



***Si intentas traicionarme te enviaré a reunirme
con tus antepasados.***

—No. Los leselvados levosan de clientes. La tabelna no intelesa.

—Comprendo. Que nadie moleste a la señorita.

Sin hacer caso a la reverencia de Yu Ling montó en el «Packard» dejándolo abandonado en la estación del «Grand Pacific:». Así haría creer a sus perseguidores que abandonó la ciudad valiéndose del

ferrocarril.

—¡Perseguido!... Por vez primera acudió a su mente la palabra que reflejaba su verdadera situación. Acosado por la trágica historia que su padre le reveló al morir; por Gerald Tilling, hijo del hombre al que condenó al deshonor; por el recuerdo de su madre, muerta de vergüenza al saberle un asesino; por la sombra de Harry Carnes; por Romney Swift...

Se estremeció. El sentido común le gritaba que con la rémora de Elisa Burke dificultaba aún más su huida, pero no podía prescindir de la única a la que su corazón amaba con la realidad de lo tangible, de lo corpóreo...

Detuvo un «taxi» dándole las señas de una de las calles próximas a «Chinatown». Desde allí, a pie, se dirigió a su escondite. Por vez primera pensó que iba desarmado y entró en una taberna.

Con paso decidido se aproximó al mostrador, diciendo al que despachaba:

—Quiero hablar con el dueño. Se trata de un buen negocio.

El aludido, secándose las manos con un paño de dudosa blancura, le indicó:

—Sigue ese pasillo y entra en la primera habitación de la derecha.

Bypas abordó el asunto sin rodeos:

—Necesito una pistola. Te daré por ella los últimos cien dólares que me quedan.

El tabernero, de aspecto italiano, miró al que le hablaba con desconfianza:

—¿No serás de la «bofia»? —inquirió.

—Me habría hecho acompañar de una patrulla. No puedo perder el tiempo. ¿Te interesa o no?

—Sí. Dispongo de un «*Parabellum*» fichada por la Policía. Su dueño murió anoche de una cuchillada.

—Ve por ella.

Jim, solo, encendió un cigarrillo. No había terminado de fumarle cuando regresó el propietario del establecimiento, que sacó de debajo del mandil el arma indicada y dos cargadores de repuesto.

—Toma.

Bypas comprobó el buen funcionamiento de la automática y con un pequeño cortaplumas comprobó que los proyectiles estaban bien

cargados.

—No me fío —dijo metiendo una bala en la recámara—. Ahí va lo estipulado. Me interesa una «Browning», pequeña, que pueda ir en el bolsillo exterior de la americana sin formar demasiado bulto. Te daré cincuenta por ella.

—¿Vas a poner un arsenal?

—No te importa. Te pago tres veces más su valor. ¿Puedo contar contigo?

—Desde luego. Pregunta por Anselmi. Sal. Te daré lo que has pedido.

Diez minutos más tarde, Jim Bypas pisaba más seguro en dirección a la casa de Yu Ling.

En cuatro ocasiones hubo de apartar violentamente de su lado a mujerucas que se le acercaban atraídas por la elegancia de su ropa. No era frecuente ver una etiqueta en aquellos lugares.

Compró fiambres y pan de conserva en un restaurante mezcla de «cabaret» y almacén de bebidas.

Elisa Burke le vio llegar con una extraña serenidad en su rostro.

—Salgamos —le anunció Jim—. Quiero que conozcas lo que puedo hacer de ti en unas horas.

La muchacha se negó a aceptar los alimentos y Bypas se encogió de hombros:

—Ya comerás. Vamos.

Del brazo, clavando sus dedos en la carne perfumada de la joven, llegaron a la calle. Lejos sonó un disparo y un terrible grito de agonía.

—No te asustes. A mi lado no te ocurrirá nada.

Deliberadamente Jim Bypas la llevó al «*night-club*» más corrompido de «Chinatown», situado en Lisbon Street. Al entrar, una vaharada de humo de tabaco y sudor hizo comprender a Elisa que la higiene brillaba allí por su ausencia.

Las puntas de cigarros rubios terminaban de arder en el suelo de cemento. Un gran número de mesas se apelotonaban en derredor de una estrecha pista de baile donde danzaban hombres y mujeres, tan juntos, que parecían una masa compacta girando a los acordes de la música, con la que una orquesta de negros amenizaba la velada. Sintió asco.

—¿Qué desean los señores? —preguntó un individuo de rostro

patibulario.

—Un sitio desde donde se divise el local, y una botella de «*champagne*».

—Vengan.

El camarero les condujo a uno de los rincones de la sala, junto al tablado donde una mulata cantaba sones cubanos. Se acomodaron. Ella rogó:

—¡Sácame de aquí, Jim!

—No. A mí tampoco me agrada, pero considero necesaria esta experiencia. En el barrio chino abundan los prostíbulos. Lo que voy a proporcionarte es una vida dichosa, llena de comodidades y de atenciones. Si lo rechazas te entregaré a un grupo de marineros.

Elisa se estremeció, espantada. Fue a contestar y se contuvo. Uno de los dependientes les servía lo pedido.

Bypas llenó las dos copas, alzando la suya a la altura de sus ojos.

—Por nuestra felicidad —brindó.

La muchacha, dejándose llevar por la indignación, derramó el «*champagne*» sobre la mesa, negándose a beber.

CAPÍTULO VII

LA RED SE CIERRA



ILBERT, cómodamente sentado en el despacho de su casa, saboreando una taza de café, terminó de leer el interesante reportaje del *Chronicle*, en el que, entre otras cosas, se decía:

«La desaparición de Jim Bypas demuestra su culpabilidad en lo que respecta a la denuncia formulada en la Jefatura de Policía por el prestigioso doctor Robin, endocrinólogo del Hospital Municipal. Por si ello fuese poco, Catalina Swift asegura que el dueño del “*night-club*” de la Dársena Central llamó a Elisa Burke

comunicándole que el padre del inspector Harry Carnes había sufrido un ataque cardíaco. Más tarde se pudo comprobar que la noticia era falsa tratándose de un pretexto para sacar de su casa a la muchacha, que no ha regresado. Varios agentes han obtenido en el “*cabaret*” de Bypas billetes de los robados a la Compañía Minera, en el cobarde atraco que costó la vida a tres hombres...»

El médico se puso en pie, mirando el reloj. Ignoraba lo referente a Elisa. No se entretuvo en despedirse de su madre, sino que, montando en su coche, se dirigió al «*cabaret*». Al verle entrar, Peufield, preguntó inquieto:

—¿Sabes dónde está el jefe?

—Lo ignoro. Leí los periódicos y me apresuré a venir. ¿Qué pensáis de lo que ocurre?

—Aún no lo sé —respondió el «gangster»—. No creo a Bypas capaz de dejarnos en la estacada.

—Yo sí —aseguró Tilling—. Me largo. No quiero cuentas con la Justicia.

Hizo un movimiento para marcharse. Peufield, encañonándole, le ordenó:

—O todos nos salvamos o todos nos hundimos. Ahora mando yo.

—Como quieras —repuso Gilbert con indiferencia—. Me parece estúpido quedarnos aquí aguardando que nos capturen. ¿Qué opináis, muchachos?

—Que tiene razón —intervino Kidd—. Si buscan al jefe no tardarán en venir por nosotros para obligarnos a cantar. No deseo enfrentarme con un interrogatorio de «tercer grado».

Los demás asintieron y el lugarteniente, enfundando su automática, hubo de reconocer la razón que asistía a sus hombres.

—Salgamos por el garaje —aconsejó Tilling—. Sobre cuatro ruedas y con el «ukelele» al alcance de mi mano no hay «poli» que se me resista.

Ascendieron por la rampa de cemento haciendo girar la puerta secreta, y montando en un «Nash» y en un «Studebaker» repartieron en los dos coches. Gilbert abrió la corredera y los «gangsters» arrancaron decididos a recogerle en la calle. No les fue

posible hacerlo por impedirselo tres automóviles de la Patrulla Móvil y un buen número de agentes a pie.

Un sargento se adelantó, ordenando:

—Apeaos sin un solo tiro u os acribillamos.

Peufield respondió clavando una bala en el corazón del representante de la autoridad y saltó del automóvil.

Un proyectil le hirió en un muslo, pero el forajido tuvo aún tiempo de refugiarse en el garaje. Una vez en el interior hizo fuego. Oyó una descarga y una voz a su derecha:

—Abre. Yo te cubriré la retirada. Los demás han muerto.

Era Kidd. Peufield oprimió el resorte del armarlo y apenas lo hubo hecho vio avanzar por la rampa un grupo de policías. Gilbert iba en cabeza.

—¡Traidor! —rugió.

Oprimió por dos veces el gatillo del arma, mas los proyectiles se estrellaron altos contra las paredes. Segundos antes Tilling había ordenado:

—¡Al suelo! Tiren a matar.

Peufield, cerrando la abertura que conducía al «*cabaret*», dijo a su compañero, sin mirarle:

—Estamos acorralados.

Al no obtener respuesta se volvió. Kidd se hallaba en el suelo con el cráneo destrozado por un balazo. Aunque el «gangster» no era cobarde, por vez primera, sintió un estremecimiento. ¡No le cazarían vivo!

Mientras llenaba de proyectiles el tambor del revólver maldijo al «boss» por no haberles avisado con tiempo. De bruces en el suelo, procurando desviarse de la semi entornada puerta del garaje y de cara al pasadizo secreto, esperó el ataque.

Se hizo una larga pausa. Al fin, amplificada por un altavoz, oyó una nueva conminación:

—Estás acorralado. Entrégate y se te juzgará. Si no sales antes de dos minutos iremos a buscarte.

El «gangster» no contestó consultando su reloj de pulsera. ¡Dos minutos de existencia! Una cólera sorda se apoderó de él imaginándose a Jim Bypas fuera del alcance de la ley.

La aguja de minuterero avanzaba con desesperante rapidez.

—Alguna vez tenía que ser —comentó Peufield, amartillando el

arma.

—¿Te rindes? —preguntaron desde fuera.

Transcurrieron varios segundos. De pronto algo estalló dentro del garaje con un ruido seco. El «gangster» tardó poco en darse cuenta de lo que era:

—¡Gases! —rugió retrocediendo al tiempo que explotaban nuevas bombas.

Tosió. La garganta y los ojos le escocían. Se le cayó el revólver de la mano en el momento en que entraban tres hombres provistos de caretas...

—La redada ha sido completa —informaba Gilbert Tilling en la Jefatura al teniente que dirigió la operación—. No escapó ni uno solo si exceptuamos al jefe. ¿Hay pruebas?

—Sí. Lo interesante es localizarle. No creo posible que abandone la ciudad. Pese a que su automóvil se encontró en las inmediaciones de la estación, me consta que está en San Francisco. De haber huido por ferrocarril no hubiese dejado tan clara pista. He cursado órdenes a las estaciones del recorrido. ¿Qué piensa hacer?

—Buscar a Elisa Burke. Temo que ese asesino, en un momento de desesperación, sea capaz de todo. Telefonaré frecuentemente por si sabe noticias.

—Suerte, doctor.

Una vez en la calle, Gilbert Tilling subió a su coche pisando el acelerador. Pese a que iba atento a esquivar el enorme tráfico de la ciudad, su cerebro no descansaba. ¿Dónde se habría refugiado Jim Bypas? Tal vez en «Chinatown». Era el único sitio donde los huidos de la Justicia hallaban relativa seguridad.

Dejó el automóvil en un aparcamiento próximo y a pie para coordinar mejor sus ideas, cruzó el distrito comercial de San Francisco internándose en Rancho Rincón de Las Salinas. Comió en un restaurante de marcado sabor oriental e iba a pagar cuando un sujeto se le acercó.

—No tenga prisa, amigo. Le estoy encañonando desde el bolsillo. Ponga la cartera sobre la mesa y lárguese sin mirar atrás. Estamos en el barrio chino y no se admite en él la entrada sin pagar el correspondiente canon.

Gilbert sonrió al saberse víctima de un vulgar atraco. Repuso:

—Sé perder. Tenga.

Sacó el billetero depositándole sobre la mesa. El ladrón, confiado por la aparente mansedumbre del que desvalijaba, desvió unos segundos la mirada de Tilling, el cual, tirándose al suelo, esgrimió su «Browning».

—¡Quieto!

El «gangster», sorprendido, sacó la mano armada dispuesto a no entregarse sin lucha y en ese instante algo silbó en el aire clavándosele en la garganta. Era un cuchillo de negro puño.

Gilbert se incorporó y, al reconocer a su salvador, exclamó:

—¡Tú!

—Él mismo. He de reconvenirte por tu actitud.

Hay que disparar primero. Él no hubiese vacilado en hacerlo. Si te metes en una aventura no tengas contemplaciones.

—La ley...

—Actuabas en legítima defensa. A las tres de la madrugada te espero en el «*night-club*» de la avenida de Persia. Quizá tenga cosas que comunicarte. Celebro que hayamos coincidido en las sospechas. Adiós.

Sin esperar respuesta, el que acababa de salvar la vida a Tilling abandonó el restaurante. Gilbert, no deseando entrar en explicaciones con la Policía, salió tras él atravesando varias callejuelas tortuosas.

Tomó una copa de «coñac» en una taberna de sórdido aspecto, repleta, pese a lo temprano de la hora, de descargadores de muelles, marineros de todas las nacionalidades y mujeres fáciles. Preguntó al dependiente:

—¿Tiene reservados? Aguardo a un amigo. El asunto que vamos a tratar es muy... importante.

Subrayó la última palabra, sonriendo con malicia.

—Sí, pase.

A través de un pasillo le condujo a una pequeña habitación.

—Sírrame media botella de «*whisky*». ¡Ah! Tengo cien dólares para el primero que me dé información sobre un individuo vestido de «*smoking*». Es alto y corpulento. Es posible que le acompañase una mujer. No... no soy de la «bofia».

Es el «boss» de mi banda. Sospecho que se refugia en «Chinatown», pero no sé su domicilio.

—Lo pensaré. Es posible que tenga que aflojar la «pasta».

La contestación sorprendió a Gilbert que no esperaba tener éxito en su primera tentativa. Sacó la pistola que puso en la mesa, al alcance de la mano. Le constaba que el establecimiento era refugio de malhechores que por una suma como la que acababa de ofrecer no vacilarían en asesinarle.

Cinco minutos más tarde se abrió la puerta, apareciendo en el umbral un sujeto de marcado aspecto italiano.

—Soy Anselmi —se presentó—. Me han dicho lo que pretendes. ¿Es eso cierto?

—Tan cierto como que no soltaré el billete a no ser que me convenza de que no intentas engañarme.

—Verás. No compró mi silencio. Me pagó ciento cincuenta dólares por una «*Parabellum*» y una «Browning», la primera fichada por la Policía. Iba de etiqueta. Eso es todo lo que sé. Quedó en volver, aunque sin garantizármelo.

—Dame algún dato más.

—Llevaba un anillo en el dedo índice de la mano izquierda. Parecía un zafiro.

—¡El mismo! —exclamó Gilbert—. Toma lo prometido. ¿Quieres hacerme un favor? ¿Hay muchas casas en «Chinatown» donde puedan alquilar habitaciones? No me refiero a prostíbulos. La mujer es decente.

—¡Ah, vamos! ¿Cuestión de faldas?

—De todo un poco. Por si lo ignoras te diré que se trata de mi esposa —mintió descaradamente Tilling, al tiempo que sacaba papel y lápiz—. Haz memoria. Te daré otra cantidad igual. Mucha ganancia para tan poco esfuerzo.

Anselmi miró fijamente a su interlocutor y, luego, muy despacio, fue dictándole nombres y domicilios, aclarando:

—La mayoría de esos lugares son fumaderos de opio. ¿Vas a quedarte?

—¿Por qué lo preguntas?

—Si te aburres te mando una jovencita.

—No es preciso. Toma lo prometido. Si no me engañas ganarás más todavía.

Los ojos del tabernero se agrandaron por la codicia. Gilbert, una vez que le hubieron servido el «*whisky*», se encerró en el reservado y apoyando la cabeza sobre sus brazos, en la mesa, se quedó

dormido. Necesitaba plena lucidez para proseguir de noche sus investigaciones...

Despertó cuando su reloj de pulsera marcaba las diez. Había descansado más de seis horas.

Entumecido por la incómoda postura se desperezó y tras asegurarse de que su pistola estaba en condiciones de ser utilizada, con las máximas precauciones, salió al largo pasillo. Anselmi llegaba en ese momento.

—¿Te marchas ya?

—No. Buscaba el servicio.

—Es la tercera a mano derecha.

Con paso tranquilo Tilling entró en el lugar deseado, sonriendo. Como supuso la habitación contaba con una ventana por la que, sin dificultades, saltó a la calle. Temía ser desvalijado por el mismo que le sirvió. En el barrio chino la fidelidad es una palabra sin sentido práctico.

A la luz de una farola eléctrica leyó la primera de las doce direcciones facilitadas por Anselmi.

Elisa Burke, en la habitación interior de la casa de Yu Ling, rompió a llorar, considerándose perdida. Respiró al sentir la llave en la cerradura. Jim Bypas se marchaba.

Recorrió los dos cuartos buscando en vano una forma de escapar.

Era imposible. Se sentó, procurando serenarse. ¡Si estuviese vivo Harry Carnes! Pronto se reuniría con él. Todo antes que entregarse a un ser sin escrúpulos.

Mientras tanto, Bypas celebraba una interesante conversación con un individuo vestido de uniforme de aviación.

—Al amanecer, una escuadrilla de hidros saldrá de la Bahía en servicio de prácticas. Apenas remontemos el vuelo nos separaremos manteniendo el contacto por radio. Yu Ling me ha dicho lo que pretende. No veo inconveniente. En un bote neumático se trasladará, si le interesa el precio, al avión en la desembocadura del río Humboldt Les conduciré, a través del Pacífico, al Estado de Oregón, en las proximidades del Empire City. No tengo que desviarme de mi ruta. Allí les desembarcaré y ustedes podrán trasladarse donde lo deseen.

—¿Cuánto quiere?

—Cincuenta mil dólares.

—Son demasiados.

—No lo crea. Ignoro por qué abandona San Francisco, aunque supongo que por nada limpio. Me juego mi carrera conseguida con peligros y esfuerzos. No rebajaré un centavo. Espero su respuesta. Le advierto que no puedo perder tiempo. He de estar en la base dentro de una hora. Le daré detalles si llegamos a un acuerdo.

—Sea. Empiece.

El piloto habló durante diez minutos, terminando:

—Los que me acompañan son de plena confianza. Yo me encargaré de sobornarles. Hicieron conmigo la campaña de Francia. La mitad ahora mismo y el resto al final del viaje.

—Espere que suba por el dinero.

Desaparecido Bypas, Yu Ling se acercó al aviador mostrándole, sin palabras, la fotografía inserta en un periódico. Los dos hombres cambiaron una significativa mirada.

—Déjanos solos. Le pediré el doble. ¿Piensas denunciarle?

—No. Una vez que te pague halé algo mejor. Entletenle.

El oriental salió de la habitación del piso bajo dirigiéndose a su despacho. Abrió la puerta central de la librería descubriendo en el panel del fondo un pequeño orificio por el que observó lo que pasaba en la estancia contigua. Vio a una muchacha entrar apresuradamente en su cuarto y a Jim sacar una voluminosa cartera de la que extrajo un montón de billetes de cien y mil dólares que contó con mano nerviosa. Su rostro, enjuto, se contrajo con una sonrisa.

Esperó pacientemente el regreso de Bypas a por más dinero. Reparó en la contracción del semblante de su pupilo, por lo que dedujo una airada disputa con el piloto. Una vez que Jim hubo salido, apretó una moldura del mueble dejando al descubierto una puerta. Con extraordinario sigilo se apoderó de la voluminosa cartera y vaciando el contenido en su mesa de despacho la llenó con recortes de periódicos, dejándola en su sitio.

Seguro que de ser descubierto su robo tendría que defenderse a tiros, metió una bala en la recámara de su automática y, ocultando los billetes, descendió al salón.

—¿Le silvio mi amigo?

—Sí. ¿Va a pedirme más dinero?

—No es necesalio. Yu Ling es decente. ¿Quiere algo?

—Nada. Voy a comprar unas cosas.

Salió a la avenida de China adquiriendo un paquete de cigarrillos. Se cruzó con un marinero que le miró procurando rehuir el encuentro y sin hacer caso a una mujer que le chistaba penetró de nuevo en el establecimiento de Yu Ling sin observar que era seguido.

Subió despacio las escaleras. Una voz ronca a su espalda le conminó:

—¡No te vuelvas o te mato! Pasa.

La excitación del que hablaba era evidente. Jim notó la presión de una pistola en la espalda y una mano hábil le privó de la «Browning» y de la «*Parabellum*».

—¡Vuélvete ahora!

El que fue dueño del «*cabaret*» de la Dársena Central obedeció no pudiendo reprimir un grito de espanto. Ante él, ataviado como un hampón, se hallaba Harry Carnes, el hombre al que creía muerto.

—Te sorprende, ¿verdad? Los del
F. B. I.,
resucitamos para cumplir con nuestro deber.

—¿Del

F. B. I.?

—inquirió extrañado Bypas.

—Sí; es la primera de las sorpresas. Siéntate.

Hubo una larga pausa. Bypas vigilaba al inspector en espera de una oportunidad de fuga, inquirió:

—¿Por qué te fingiste muerto?

—¡Harry! —chilló Elisa Burke—. ¡Dios mío! ¿No estaré enloqueciendo?

—No, querida. Ponte a mi lado o detrás. No puedo mirarte. Es lo que está esperando nuestro común amigo para desarmarme. ¿No es así, Jim?

El aludido no respondió. El policía sintió en sus hombros el suave contacto de las manos de la muchacha y entonces comprendió que merece la pena arriesgar la existencia por obtener tan hermoso premio.

—Vigila la puerta, Elisa. Temo que me hayan visto subir. No es

prudente que salgamos. Para no aburrirnos contaré cosas sorprendentes al honrado y humanitario señor Bypas, el hombre que hace honor a una familia de criminales...

El insulto hizo palidecer a Jim que se contuvo merced a un poderoso esfuerzo. Harry continuó:

—Te creía más listo. Las autoridades de la ciudad sospechaban de ti, aunque sin pruebas. Pidieron a Washington la colaboración del

F. B. I.

Al parecer tus actividades tornábanse peligrosas y una o dos veces traficaste con drogas. Estudié a fondo la cuestión. Una tarde hablé delante de ti de que esperaba un buen amigo de la «Compañía Minera de Nevada» portando una fortuna para el pago de los obreros. La cifra era grande y la noticia cierta. Me puse de acuerdo con Holden y los números de los billetes fueron anotados para, siguiéndoles la pista, descubrir a los culpables. Ni él ni yo supimos tan excesiva crueldad. ¿Por qué le mataste?

—¡Me reconoció!

Bypas había recobrado su habitual sangre fría, y escuchaba con interés la historia del inspector.

—Una noche entré en el «*night-club*». Tilling me salvó contándome una historia extraordinaria. Fue tu primera canallada. Mandé a mis hombres que asaltaran el «*cabaret*» para apoderarse de los billetes marcados. Casi todas las noches uno o dos se ponían en circulación. No bastaba. Comencé a acorralarte, intranquilizándote. Controlamos tu teléfono y así nos enteramos de que vendiste el «*night-club*». ¡Proyectabas la huida! Pese a la red tendida en torno tuyo, nos faltaban pruebas. Tilling, al robar tu caja secreta, se apoderó de documentos que te comprometían en turbios negocios. Ordené a Gilbert que te vigilase y representó maravillosamente la farsa dejándose pegar para que huyeras. Sus palabras de venganza destruyeron tu sistema nervioso. Tus hombres, desorientados, cayeron en nuestro poder y han confesado su participación en todos los crímenes, desde la muerte del minero que por ofender a Elisa llevaba a la cárcel a la de Romney Swift. Me dolía pensar el disgusto de mi padre. Le utilicé también. Uno de mis agentes le entregó el anónimo. Yo le vigilaba temeroso de que intentases asesinarle y le recogí en un automóvil apenas pisó la calle.

Perdóname, Elisa. Te correspondió la peor parte. Ignorabas la verdad y este canalla te engañó. Ya no queda mucho que contar. Huhg Tempest refirió a sus compañeros la trágica muerte de tu madre. La silla eléctrica es poco para un miserable como tú...

—No me sentaré en ella.

En la voz de Jim vibraba el triunfo. Harry, temiendo una estratagema no se volvió. Elisa Burke lo hizo lanzando un grito de espanto.

—Suelta el revólver. No me tiembla el pulso.

—¡Joyce! —exclamó el inspector sin obedecerla.

—Haz lo que te mando.

El inspector saltó a la derecha convencido de que de todas formas moriría. Jim, que adivinó su movimiento, de un manotazo le arrebató el arma que rodó a uno de los rincones. Harry se incorporó dispuesto a continuar luchando, pero ahora no era una mujer la que le apuntaba, sino Bypas. Se encaró con la recién llegada.

—No esperaba eso de ti. Te procesarán por complicidad con un asesino.

—Me es indiferente. El amor no es sólo mutua correspondencia, sino sacrificio, renunciación... Es más fuerte que el odio. Te he seguido. Estaba segura de que al fin le encontrarías. Cometiste el error de no cerrar la puerta a tus espaldas.

—Esa equivocación le costará cara —corroboró Bypas disponiéndose a disparar.

—¡No! —se interpuso la muchacha—. Dejémosles encerrados.

—¡Sé lo que me hago!

Joyce, viendo en los ojos del hombre un extraño brillo homicida, le apuntó con su automática.

—Tú les seguirás en la muerte.

Jim vaciló, más convencido de que la muchacha no vacilaría en cumplir su amenaza, se apoderó de la cartera de mano, saliendo.

—Hemos escapado mejor de lo que esperaba —comentó Carnes—. ¿No hay posibilidad de huir?

—Ninguna a no ser forzando la puerta.

—Lo intentaré.

El agente tomó impulso lanzándose contra la hoja de madera que apenas si se estremeció.

—Es inútil, Harry. Sentémonos en espera de lo imprevisto. ¡Si

vieras la alegría que me dio oír tu voz! No quise creerlo y hube de salir para comprobarlo. ¡He llorado tanto!

—Elisa...

Por unos segundos el inspector se dejó ganar por la fuerza del cariño. Atrajo hacia sí a la muchacha y la besó en los labios.

Hubo un largo silencio. Él habló de nuevo:

—Perdóname. No supe contenerme.

—¡Deseaba este momento!

Él la acarició con la mirada. La idea de que Jim Bypas iba a escapar de la Justicia le hizo reaccionar. Se acercó a la mesa, y en un titánico esfuerzo arrancó una de las gruesas patas con las que aporreó la puerta. Oyó voces airadas y, minutos después, franqueaban la entrada desde el otro lado apareciendo en el umbral Gilbert Tilling discutiendo con Yu Ling.

—Gracias a Dios que os encuentro. ¡Este mono amarillo quiso engañarme! Ya me marchaba cuando os oí. No le estrangulo en homenaje a Elisa.

—Muy impetuoso —dijo el oriental, con ironía—. Ignolaba que hubiese nadie. Contlaté dos cuartos y me pagaron bien. Yu Ling no sabe más.

Harry Carnes le mostró la chapa acreditativa de su condición de agente.

—¿No lees los periódicos?

—A Yu Ling sólo le interesa el negocio. Yu Ling no pierde el tiempo en tonterías.

El inspector dudó unos segundos. El instinto le gritaba que aquel hombre de rostro inexpresivo era el único capaz de facilitarle una pista.

—Te encerraré en la cárcel si no me dices con quién se ha entrevistado ese hombre.

—¿Qué hombre?

Harry, perdida la paciencia, asió por los hombros al chino, zarandeándole:

—¡Habla!

—Yu Ling no sabe nada... Yu Ling es inocente.

—Estaríamos forcejeando toda la noche. Estos tipos son testarudos como mulas —opinó Gilbert—. ¿Cómo consiguió escapar Jim?

—Le ayudó Joyse. Hay que comunicar con todos los coches de la Patrulla para que establezcan una rigurosa vigilancia en San Francisco. No deben salir de la ciudad.

Cinco minutos más tarde, desde un teléfono público, el inspector Carnes movilizaba el gigantesco engranaje de la ley...

CAPÍTULO VIII

MANIOBRAS AÉREAS



OS motores atronaban el aire en la Bahía de San Francisco. La escuadrilla de hidros que participaba en las maniobras, en combinación con la marina, esperaba el momento de despegar.

Jim Bypas oyó el rugir de los aviones cuando cruzaba las vías férreas del «Central Pacific» y apresuró el paso. Iba tan deprisa que Joyce, incapaz de seguirle, le gritó:

—Espera un poco...

El interpelado no la hizo caso. Faltaban diez minutos para la hora prevista y el temor ponía alas en sus pies. Estaba seguro de que de no huir en la forma concertada le capturarían. Varias veces hubieron de esconderse entre los arbustos para no ser apresados por

los agentes que infestaban la ciudad.

En su egoísmo pensó que la muchacha era un serio obstáculo en la fuga y, volviéndose, la dejó acercarse.

—Será mejor que no sigas adelante —dijo fríamente—. Donde vamos no hay lugar para dos personas.

—¡No puedes dejarme! ¡Me encerrarán!

—Allá tú.

Joyce, presa de desesperación, no ya sólo por la ingratitud, sino por la total carencia de amor en Jim, por quien lo había arriesgado todo, quiso sacar su automática. Bypas la propinó un violento puñetazo en la mandíbula haciéndola caer desvanecida sobre uno de los carriles del camino de hierro. Lejos silbó una locomotora.

«Mejor así. Parecerá un accidente».

La dejó entregada a una muerte segura. Confundiéndose con los motores de la aviación llegó a sus oídos el característico traqueteo de un tren en marcha.

Corrió a la bahía, en la desembocadura del río Humboldt, distinguiendo un hidro, con las luces de una de las alas apagadas.

Bypas no vio ningún bote y, sujetando la cartera en el cinturón, se lanzó al agua. Minutos más tarde ascendía a la carlinga del avión. El piloto dijo, por todo saludo:

—¡Hola! Por un momento creí que no vendrías. Hubiese sido mejor para mí. Es magnífico ganar dinero sin riesgo.

—¿Falta mucho?

—Treinta segundos. Escóndete ahí detrás. Mis compañeros están de acuerdo conmigo. Les he tenido que dar cinco mil a cada uno. Tú correrás ese gasto.

Jim no respondió. De haber sido necesario hubiera prescindido de la fortuna que llevaba por escapar a la implacable persecución de Jim Carnes.

Encendió un cigarrillo, preparando la automática. Treinta segundos de retraso hubieran sido suficientes para llevarle a la silla eléctrica. Pensó que los hubiera empleado en retirar de las vías el cuerpo insensible de Joyce Ritter, la mujer que se sacrificó por salvarle.

Contempló la ciudad desde la altura. Las luces de las amplias avenidas serpenteaban cual gigantescos gusanos de luz. Los anuncios luminosos parpadeaban como monstruosos ojos de colores.

El aspecto de San Francisco era imponente...

El aparato se internó en el mar. Bypas oía hablar a los pilotos, así como los frecuentes mensajes de radio. Miró a sus pies. Volaban bordeando la costa.

Sufrió un vivo sobresalto al ver que desde un acorazado les enfocaban con potentes reflectores.

¿Le habría delatado Yu Ling? Fue a la cabina de mandos.

—¿Ocurre algo?

El radiotelegrafista, quitándose el casco con los auriculares, contestó:

—En absoluto. No se asuste si oye cañonazos. Los cruceros dispararán sobre objetivos en el mar. Vuelva a su sitio.

Jim, tranquilizado, retrocedió. En las largas horas de persecución le mantuvo el instinto de defensa. Ahora, en la inactividad, se agigantaron los recuerdos del pasado...

Tan abstraído iba que no reparó que se acercaba el capitán de la aeronave.

—Lo siento —le dijo—. Hemos de regresar a San Francisco. El comandante de la escuadrilla así lo ordena.

—Pero usted se ha comprometido a...

—Lo sé. Renuncio a la otra mitad. Estamos a la altura de Red Bluf, en Sierra Nevada. Volaremos bajo sobre la costa. Arrójese en paracaídas. Por fortuna llevamos varios de repuesto. Justificaré su pérdida como pueda. Tiene tres minutos para decidirse. Pasado ese tiempo torceremos el rumbo.

Se alejó sin aguardar la respuesta de Jim. Le daba lo mismo un Estado que otro. Lo importante era salir de la ciudad. Se puso en pie, y no pudo evitar un escalofrío al contemplar a sus pies las montañas costeras, iluminadas por una luna esplendorosa.

Se colocó el paracaídas, ajustando bien las hebillas. El capitán piloto le indicó:

—Extienda los pies hacia adelante y cuente tres antes de tirar de la anilla. ¿Me da esos diez mil para mis compañeros?

Bypas abrió la cartera. Sus manos se crisparon en los recortes de periódicos.

—¡Chino maldito! ¡Me ha robado! ¡Estabais los dos de acuerdo!

Enloquecido por la cólera, esgrimió el revólver, disparando contra el aviador, que se desplomó con un balazo en el pecho. Sus

dos compañeros, al oír la detonación, se incorporaron. El cuadro les horrorizó. Intentaron empuñar las armas, que pendían de sus costados en fundas de cuero, sin conseguirlo. Bypas vació sobre ellos el cargador y se lanzó al espacio, dejando abandonada la cartera en el aeroplano.

Se abrió la blanca lona y, conforme descendía, observó que el hidro chocaba contra un monte...

Cayó en una hondonada, en cuyo fondo serpenteaba un arroyuelo. Por fortuna disponía de unos quinientos dólares, suficientes para trasladarse a Nueva York y refugiarse en el Harlem hispano. En el momento oportuno regresaría a ajustarle las cuentas a Yu Ling...

En la Jefatura de Policía, de madrugada, se recibieron casi simultáneamente dos informes.

«En las inmediaciones de la dársena fue arrollada por el tren procedente de Sacramento una joven, a la que no ha sido posible identificar. Al principio se creyó en un suicidio, pero una erosión violenta en la mandíbula indica que alguien la golpeó, dejándola inconsciente...»

Seguían detalles del vestido y un estudio anatómico. Harry Carnes, mirando a Gilbert Tilling, comentó:

—No cabe duda que se trata de Joyce. Bypas es peor que una hiena.

No siguió en sus comentarios, pues atrajo su atención el contenido de la segunda nota:

«En las maniobras que se efectuaron anoche para la defensa costera de California se estrelló el hidroavión pilotado por el capitán Dryden Hopkins y los tenientes Tomás Moley y Lucius Sands. Por fortuna, el aparato no se incendió, encontrándose intactos los cadáveres, que presentaban heridas de armas de fuego. El forense asegura que la muerte se produjo antes que el accidente. Tras minuciosas investigaciones se ha comprobado la falta de un paracaídas, encontrándose

una cartera de cuero negro, de las llamadas de fuelle, conteniendo recortes de periódicos...»

—¡Lee, Gilbert! —dijo, excitado, Harry—. ¡Hemos hallado una pista!

El inspector telefoneó para que le preparasen un coche, recomendando:

—Necesitamos un buen chofer y repuesto de gasolina —llamó a otro departamento—. Prepárenme un plano a escala de la zona comprendida entre Marysville y Eureka. Dentro de media hora pasará a recogerlo. Vamos. No podemos perder tiempo.

—¿Dónde?

—A interrogar a un chino. ¡Te aseguro que «cantará»!

El automóvil, haciendo rugir la sirena, se dirigió al establecimiento de Yu Ling. Los ojos de Harry relampagueaban feroces.

—No te extrañes si ves que le retuerzo el cuello a ese oriental de los diablos. Por su culpa han perecido tres personas.

—Cuatro. Te olvidas de Joyces.

—Aunque lo siento se lo tiene merecido. Por encima de los sentimientos está el deber de ciudadanía.

No hablaron más durante el largo recorrido. Con un chirriar de frenos, el vehículo se detuvo en la avenida de China y los dos hombres, pistola en mano, penetraron en la casa. Un dependiente les salió al paso.

—¿Y tu jefe? ¡No me mientas o te encierro!

—No es necesalio, señoles. Me tienen a su disposición. Yu Ling no se oculta de nadie.

El chino hizo una señal al criado para que les dejase solos y, con un gesto de cortesía, invitó:

—Pasen a mi despacho. Así podlé atendeles mejol.

Una vez en la confortable habitación del piso primero. Harry, incapaz de dominar sus nervios, acusó al oriental:

—Escúchame y piensa bien lo que te digo. Sé que te apoderaste del dinero del hombre a quien protegías, metiendo en su lugar papeles, así como que, en combinación con el capitán Dryden, le facilitaste la huida de San Francisco en uno de los hidroaviones del Ejército.

—Tiene usted mucha imaginación. Calece de pluebas.

—No lo creas. ¿Quieres conocerlas?

—Me gustalía.

El puño del inspector se abatió sobre el rostro de Yu Ling, derribándole.

—He aquí la primera. ¿Te parece convincente?

La mirada del oriental relampagueó de odio, mientras se secaba la sangre de la cara.

—¿Qué sabes del paradero de Jim Bypas?

Como no obtuviera respuesta, golpeó de nuevo al oriental, procurando que no perdiese el conocimiento.

—Me repugna este procedimiento —indicó a su amigo—, pero no hay más remedio. Esta rata de alcantarilla debe decir cuánto sepa. ¿Dónde guardas el dinero?

Como el chino no respondiera, le aplicó dos puñetazos al hígado, haciéndole retorcerse de dolor.

Iba a seguir castigándole, pero Yu Ling, con voz entrecortada, dijo:

—En ese almalio, en un depaltamento seclero Se able empujando una moldula...

No les fue difícil llevar a feliz término el interrogatorio. El oriental, convencido de que el policía era capaz de triturarle, evitaba la menor contradicción. Por desgracia, sus informes carecían de interés. Ignoraba lo sucedido en el hidrógeno.

Convenientemente esposado le sacaron del establecimiento, dirigiéndose a la Jefatura.

—Guardadme bien a este pájaro. Aquí hay más de medio millón de dólares. Son parte del botín de Bypas. ¿Y el plano que pedí?

—Lo han subido hace unos momentos. Es el más completo de los que teníamos en el archivo.

—Gracias, sargento. Mantendremos contacto con usted sirviéndonos de la radio. No deje de informarme de las noticias que reciba.

—Debería hacerse acompañar por algunos agentes.

—No los necesito. Adiós.

—Suerte.

Harry Carnes y Gilbert Tilling se acomodaron en la parte trasera del vehículo. El primero ordenó al conductor:

—Siga el camino de la costa —se volvió a su amigo—: Creo que

el asunto toca a su fin.

Fumaron en silencio. El automóvil corría a gran velocidad por la carretera de Marysville a Ulaah.

Después de un largo silencio, el facultativo inquirió:

—¿Por qué tu Departamento no abordó de forma oficial el asunto? Hubiera sido más fácil.

—No lo creas. Si he obtenido éxito fue por presentarme en San Francisco como un inspector más de Policía, ocultando mi personalidad de miembro del Federal Bureau of Investigation. El

F. B. I.,

es insobornable. Bypas supuso que yo estaba tan corrompido como la mayoría de los representantes de la ley de la ciudad. Aparenté no enterarme de que en el «*night-club*» se jugaba y le confié. Por otra parte, la situación internacional es extraordinariamente difícil y los agentes tienen más trabajo del que son capaces de desempeñar. El caso Bypas, aun siendo importante, no justificaba movilizar grandes fuerzas. Fue buena tu idea de que me fingiera muerto. Reconozco que sin tu colaboración no hubiera conseguido nada. ¿Por qué no ingresas en el

F. B. I.?

Son muchos los que caen combatiendo el espionaje y el crimen...

—Lo haría a gusto, Harry; pero no debo abandonar mi carrera, que tantos trabajos me costó terminar.

—Piensa que, como tu padre, muchos han perecido víctimas de la injusticia. Además, tu profesión de médico no sólo no es un obstáculo, sino una facilidad para tu admisión en la Policía federal. Necesitamos médicos y técnicos que no sean traidores. ¿Por qué te sonríes?

—Eres admirable. Casi me has convencido. Te prometo meditar sobre ello.

El vehículo, provisto de magnífico ballestaje, apenas si se estremecía en la rápida carrera. El inspector sacó de su bolsillo un papel, que Gilbert reconoció, día la declaración de culpabilidad de Charles Bypas.

—¿Vas a hacer pública la inocencia de tu tío?

—No. El asunto está olvidado y no se debe remover más...

Dobló cuidadosamente el documento, guardándolo en su cartera. Luego ordenó al conductor:

—Más deprisa.

—¿Impaciente, Harry?

—Sí. Deseo volver a Nueva York.

—¿Nada más? —preguntó Tilling, irónico.

—¿Qué más puede haber?

—Creí que ibas a casarte con Elisa. Es una gran muchacha y te quiere.

—Eso es ella la que lo tiene que decidir. No es muy grato compartir la existencia con un hombre al que acecha la muerte y gana lo justo para mantener una casa.

—¡Bah! El amor salta todas las barreras. Espero conocer a vuestros hijos.

Transcurrieron dos horas largas, al fin de las cuales el automóvil se detuvo en la bifurcación de una carretera.

—Hemos llegado —avisó el chofer—. Miren a la izquierda.

Absortos en sus pensamientos, los dos hombres no se habían dado cuenta de que se aproximaban al final de la ruta. Con las armas al alcance de la mano se acercaron a un informe montón de hierros, interrogando a uno de los soldados de Aviación que montaban la guardia.

—¿Saben dónde está la casa más próxima?

—A media milla, siguiendo ese camino. Allí vive el granjero que avisó de la catástrofe.

Anduvieron con paso rápido, llegando al lugar indicado. Les recibió afablemente un hombre de edad madura, que afirmó no haber visto ningún paracaídas.

—No es extraño. Dormía profundamente cuando me despertó el ruido del hidro al chocar contra las rocas. Quizá alguno de mis vecinos pueda darles informes. ¿Se trata de algún criminal?

—Sí, y peligrosísimo.

—Les ayudaré. Telefonaremos a los ranchos próximos. No son más que cuatro. No puede haber ido lejos.

A la tercera tentativa obtuvieron éxito. Un individuo de las señas de Bypas había sido visto dos horas antes en las proximidades de una hacienda sita a dos millas, en dirección a Red Bluf.

—Les dejaré las bicicletas de mis hijos. Les deseo suerte.

—Gracias.

Minutos después, Harry y Gilbert pedaleaban con energía, no

tardando en alcanzar la casa desde la que telefónicamente les Informaron. El dueño completó sus datos:

—Fue para allá, por el camino del barranco que conduce al río Sacramento.

Se reanudó la persecución. El terreno abrupto les forzó muchas veces a apearse de las bicicletas para cruzar grandes cortaduras.

—Estos lugares, hace un siglo, se tiñeron con la sangre de los buscadores de oro —comentó el inspector, recordando la historia de California.

—¡Ahí está! —avisó Gilbert.

En efecto. A unos doscientos metros, en un estrecho sendero, bordeado por un enorme precipicio, se veía la figura de un hombre avanzando con las máximas precauciones.

—Dejémosle que cruce. Interesa que no se dé cuenta de que le seguimos. Es un magnífico sitio para defenderse.

—Ya es tarde, Harry. Ha vuelto la cabeza y huye.

Esperaron un tiempo prudencial y, con grandes precauciones para no ser cazados en desventajosa situación, continuaron avanzando.

—Cuida dónde pones los pies, Gilbert. Éste es un camino de cabras montesas.

Pistola en mano, pulgada a pulgada, llegaron al final del peligroso sendero sin distinguir a Bypas. El inspector, extrañado, giró la mirada en torno suyo doblando un recodo. Una bala se chafó en la roca, a dos milímetros de su cabeza. Las esquirlas de piedra arrancadas por el proyectil le hirieron las mejillas.

—¡Atrás, Harry!

—No. Hay que terminar de una vez con ese miserable.

A pecho descubierto, atento a la menor contingencia, se dirigió al lugar donde viera brillar el fogonazo. No había nadie. Un empujón le hizo rodar segundos antes de que un proyectil aullara sobre su cabeza. Tilling acababa de salvarle la vida.

—Está oculto tras aquellos peñascos. Le vi asomar el brazo. Entretenle disparando. Voy a obligarle a salir.

Reptó. Las detonaciones con las que Harry hostilizaba al miserable arrancaban a la montaña ecos lejanos. Un proyectil rebotó a pocos pasos de Gilbert, indicándole el fracaso de su primitivo plan. Hizo fuego una sola vez, para dar a entender a

Carnes que convenía extremar las precauciones. Oyó gritar al inspector:

—¡Ríndete! Te tenemos acorralado.

—Sube a buscarme si no eres un cobarde.

—Voy para allá.

Harry, con un desprecio absoluto a la muerte, corrió en zigzag, refugiándose, milagrosamente ileso, tras un pronunciado desnivel del terreno, a unos diez metros de su mortal enemigo.

—¡Cúbreme, Gilbert!

El aludido comenzó a disparar, haciendo alarde de su magnífica puntería. Bypas, ante tal granizada de balas, se limitaba a hacer fuego sin precisar la puntería. De pronto, como surgido de la tierra, vio a Harry.

—¡Maldito!

Apretó el gatillo e hirió al bravo inspector del

F. B. I.,

en un hombro. Carnes replicó, alcanzando al miserable en pleno pecho. Jim abrió mucho los ojos, desplomándose. Murmuró al caer:

—Te dije que no me sentarla en la «silla».

El inspector, humanizado ante la proximidad de la muerte, repuso:

—No es necesario. La justicia se ha cumplido. No te perseguía por odio, sino en cumplimiento de mi deber. ¿Por qué tomaste el camino de la maldad?

—Era el único en el que estaba capacitado para triunfar. ¿Es cierto lo que me dijiste en casa de Yu Ling? ¿Me han traicionado mis hombres?

—No. Se han negado a declarar.

En la voz de Bypas vibraba una nota de orgullo:

—Los elegí yo. En el mundo de la delincuencia se me recordará como a un genio. Prescindí de tortuosas organizaciones. Ambicionaba convertirme en un Al Capone...

Jadeó, agotado por el esfuerzo. Gilbert se arrodilló a su lado, examinándole la herida.

—No hay salvación, Harry. No tardará en morir.

Los ojos de Jim se clavaron en los del facultativo.

—Esta bala no podrás sacármela como la otra.

Debí sospechar en ti una doble personalidad. Apenas si me

hiciste sufrir entonces. Me has vencido.

—Yo, no: el pasado. Es necio enfrentarse con una sociedad organizada. El que vulnera la ley cae en sus manos. Piensa en tu madre y arrepíentete de tus culpas...

Bypas gimió. Fue a decir algo, pero una bocanada de sangre afloró a sus labios...

El Inspector del
F. B. I.,
murmuró:

—Que Dios se apiade de su alma...

Perdió el sentido. El esfuerzo realizado, las noches de insomnio y la herida del hombro acabaron con su resistencia.

CAPÍTULO IX

FINAL APASIONADO



URANTE las dos semanas que permaneció Harry Carnes en el Hospital Municipal, asistido por su amigo Gilbert, no le faltó al inspector la visita de Elisa Burke, que en cada una de sus palabras ponía de manifiesto la fuerza incontenible de su amor. El día en que fue dado de alta recibió un telegrama de Washington comunicándole que se personara en la Dirección del

F. B. I.,

en el más breve plazo.

—¿Qué te parece, Tilling? ¿Puedo emprender el viaje?

—Desde luego. ¡Ah! Aunque te cueste trabajo, ya sabes que mi

apellido es Robin.

—Perdona. Es la costumbre...

—Ya lo sé. Sí; puedes irte. Yo les autoricé a llamarte. Primero consultaron conmigo.

—¿No sabes de qué se trata?

—Lo ignoro. ¿No ha venido aún Elisa?

—La estoy esperando. Pensaba alojarme en casa de los Swift y gozar de un buen ganado descanso.

—¿Hablabais de mí? —preguntó la muchacha desde la puerta.

—Sí. Me llaman de Washington. Tomaré el avión de esta tarde.

—Tomaremos, querido. ¿Es que piensas darme calabazas? Tu padre y yo te acompañamos. Sé tus objeciones. Gilbert me habló de ellas. Haré una perfecta ama de casa. Tu sueldo nos bastará. Pienso ahorrar por si viene un bebé...

El médico abandonó prudentemente la habitación para no presenciar el abrazo de los dos enamorados...

John Edgar Hoover, paternalmente, dio al inspector unos últimos consejos:

—No soy el llamado a referirme al matrimonio, pues le evité siempre; pero celebro que mis agentes se casen. Así es menor el peligro de que les catequice alguna mujer con fines criminales. Pórtese bien y disfrute los tres meses de permiso. Le aconsejo Florida. Es un clima maravilloso y muy propio para una luna de miel.

El jefe supremo del Federal Bureau of Investigation se levantó para estrechar la mano de su subordinado.

—Gracias, señor.

—No se preocupe por su economía. He dado órdenes en caja para que le adelanten lo que necesite. Le repito mi enhorabuena. Suerte, Harry.

El inspector salió del despacho, llegando a la avenida de la Constitución, de Washington, donde se halla instalado el monumental edificio del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Elisa le esperaba, con una sonrisa en el semblante.

—¿Qué? —interrogó.

—Buenas noticias. Mañana saldremos para Miami...

Montaron en un «taxi» y el conductor sonrió al ver, a través del espejo retrovisor, que los jóvenes se besaban. Ella, dándose cuenta

del gesto burlón del chofer, quiso deshacer el abrazo.

—No se preocupe, señorita. Yo también tuve sus años. ¿Dónde les llevo?

—Al Potomac. Deseo ver, una vez más, los cerezos en flor...

FIN



Hombres armados

La gran obra por tanto tiempo esperada, el colofón
saberbio a esta serie del F. B. I., la novela que dejará
en los lectores un recuerdo imperecedero

Jack Brooklyn

ha puesto todos sus cualidades de escritor en ofrecer
al público la obra más original del género

Hombres armados

La legión de suicidas voluntarios que se enfrentan a
la muerte con la sonrisa en los labios y fuego en el
corazón. Aprietan el gatillo de las automáticas y no
desperdician un proyectil, a fin de colmar su tarca
vengadora, después de descubrir el gran misterio de...

MADRE:

LO MEJOR PARA ENTRETENER A TU HIJO

Aventuras del F. B. I.

NOTAS

[1] Lea la magnífica novela de Alar Benet «El delator», número 21 de esta colección. En ella, el autor describe maravillosamente el bajo mundo del hampa. (N. del E.). < <

[2] Barrio chino de San Francisco. < <

[3] Importante diario de San Francisco. (N. del E.). < <

[4] «Sequoia gigante», la mayor de las coníferas conocidas. < <

[5] Jefe de banda. (N. del E.). < <

[6] Grupo de «gangsters». Organización criminal. (N. del E.). < <

[7] El «Tell-it-to», fabricado por la Darling Company, de Nueva York, consiste en un micrófono que funciona dejando caer una moneda de 25 centavos en una ranura. El cliente pide lo que le interesa y su petición queda grabada en cinta magnetofónica, Al enviarle a su casa lo solicitado se le descuenta del importe total de la compra los 25 centavos que depositó en la máquina. (N. del A.). < <

[8] Así llaman habitualmente a su ciudad los nacidos en San Francisco. < <